



*Yd'a ver si ha venido alguien, dijo
la Reyna para aljar a su compañero.*

EL COLLAR
DE LA REYNA.

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO IX.



MALAGA.

IMPRENTA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

R. 31.415

Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.

El Collar de la Reyna.

LA NOCHE.

Serian las cuatro de la tarde de aquel mismo día cuando un jóven, caballero sobre un brioso corcel, á paso de paseo, se detuvo junto á las tapias del parque, detrás de los baños de Apolo.

El jóven, pensativo como Hipólito, y tan hermoso como él, habia aflojado las riendas y soltádo-las sobre el cuello de su cabalgadura.

El sitio adonde se detuvo era el mismo en que Mr. de Rohan paraba su caballo hacia tres dias. Las huellas de las herraduras de este estaban marcadas en el suelo, y la yerba que crecía alrededor de la encina á que habia sido atado, estaba cercenada por sus dientes.

El caballero echó pie á tierra, diciendo para sí:

— ¡Qué trillado está este sitio!

Y aproximándose en seguida á la tapia añadió:

— He aquí señales inequívocas de que ha sido escalado el muro, y una puerta que se conoce que ha sido abierta recientemente: ¡bien me lo habia yo pensado! No en balde ha hecho uno la guerra á los indios montaraces, para dejar de conocer las huellas del hombre y de los caballos. Ahora bien; hace quince dias que monsieur de Charny ha regresado á la corte, y nadie lo ha visto en todo este tiempo: he aquí,

pues, le puerta por donde ha entrado Mr. de Charny en Versailles.

Y al pronunciar estas palabras el caballero suspiró tan hondamente, como si se le hubiera ido el alma tras este suspiro.

— Dejemos gozar al prógimo de su felicidad, murmuró en seguida, contemplando una por una las huellas impresas en la yerba y en la tapia del parque. Dios niega á los unos lo que concede á otros á manos llenas; él sabrá en su alta sabiduría por qué ha creado dichosos y desgraciados: cúmplase su voluntad.

Esto no obstante, continuó, desearia obtener una prueba de lo que aqui pasa; pero ¿cómo adquirirla?

¡Bah! nada mas sencillo, se contestó el jóven prosiguiendo su monólogo. Un hombre puede ocultarse de noche perfectamente en la espesura, y ver desde su escondite

á las personas que vienen á este sitio. De consiguiente, iré á ocultarme esta noche en la espesura.

El caballero asió las riendas de su caballo, volvió á colocarse lentamente sobre la silla, y sin apresurar el paso de aquel, desapareció por el ángulo de la tapia.

Charny, por su parte, cumpliendo las órdenes de su Reyna, se habia encerrado en su casa, donde aguardaba la llegada de un mensajero.

Vino la noche, y este, sin embargo, no parecia. Charny, por lo tanto, en vez de acechar desde la ventana del pabellon que caia al parque, se habia colocado de guardia en la ventana de la misma habitacion, que daba sobre la callejuela. La Reyna le habia dicho que la aguardase á la puerta de la Montería; pero la puerta y la ventana de este pabellon venían á ser una misma cosa, puesto que solo tenia pi-

so bajo. Lo principal para Charny, por otra parte, era estar prevenido para todo lo que aconteciese.

A cada momento se ponía á escuchar y á lanzar sus ojos en la profundidad de la noche, esperando oír de un minuto á otro el galopeo de un caballo ó el ruido de los pasos de un correo.

Sonaron las diez y media en el reloj de palacio, y nadie se presentó. Charny se creía ya burlado, y pensaba interiormente si la Reyna le habria prometido, cediendo á un movimiento de sorpresa, lo que la era imposible cumplir. Esta suposicion afligia tanto mas al jóven, cuanto que presumia que la tal promesa le habia sido hecha sin intencion de cumplirla.

El caballero, por lo tanto, se echaba ya en cara el haber sido tan crédulo, dejándose llevar de esa rápida facilidad con que dan abrigo á la sospecha las personas violenta-

mente apasionadas.

—¿Cómo he podido yo, ¡necio de mí! exclamaba, creer en semejantes mentiras, y sacrificar mi convicción y mi incertidumbre á una estúpida esperanza?

Charny proseguía entregándose con rabia al desarrollo de esta idea funesta, cuando el ruido causado por un puñado de arena lanzado á los vidrios de la otra ventana, vino á sacarlo de su penosa meditacion, y á obligarle á que se dirigiese presuroso hácia aquella, desde la cual vió, envuelta en un gran manton negro y junto á las olmedillas del parque, una muger, que levantaba hácia él su semblante pálido é inquieto.

Al distinguir esta figura, el pobre jóven dejó escapar un grito de gozo y de arrepentimiento. La muger que le llamaba y que le estaba aguardando era la Reyna.

Charny saltó por la ventana de

un brinco, y fue á caer á los pies de María Antonieta.

— ¡ Ah! ¡ gracias á Dios que habeis llegado, caballero! dijo la Reyna en voz baja y con acento conmovido. ¿ Qué estabais haciendo?

— ¡ Cómo! ¿ sois vos, señora?... ¿ con que es cierto que os habeis dignado..... replicó Charny prosternándose.

— Ya lo veis; y es así como me aguardábais?

— Creía, señora, que vendría V. M. por la callejuela.

— ¿ Cómo habia de arriesgarme á eso, siendo tan sencillo el venir por el parque?

— ¡ Oh! jamás me hubiera atrevido á esperar que tendría la dicha de veros, dijo Charny con acento de apasionada gratitud.

— Vámonos de aquí, repuso la Reyna interrumpiéndole; este sitio es demasiado despejado. ¿ Traeis vuestra espada?

—Sí, señora.

— ¡ Bien !.... ¿ Y por dónde decís que entraron las gentes que habeis visto ?

— Por esa puerta.

— ¿ A qué hora ?

— A media noche las tres veces.

— Muy bien, no hay motivo alguno por consiguiente para presumir que dejen de venir hoy ; ¿ no habreis hablado de esto con nadie.

— Con nadie absolutamente.

— Entremos, pues, en el bosque de Tilos y esperemos.

— ¡ Oh ! Señora.....

La Reyna echó á andar delante, y con paso presuroso recorrió alguna distancia en sentido inverso.

— Ya presumireis, dijo de alli á un momento, como si hubiera querido anticiparse al pensamiento de Charny, que no me habré entretenido en contar este negocio al pre-

fecto de policía. Desde que le dirigí mi primera queja hasta hoy, páreceme que ha tenido tiempo de sobra para hacerme justicia. Asi, pues, si la criatura que usurpa ahora mi nombre despues de haberme usurpado ya la semejanza del semblante no ha sido arrestada aun, si todo este misterio no se halla aclarado todavía, no puede menos de consistir en una de dos cosas; ó en la incapacidad de Mr. de Crosne, lo cual significaria poco, ó en su connivencia con mis enemigos. Por mi parte, esto último es lo que creo mas bien; páreceme muy difícil de otra manera que en mi mismo palacio y dentro de mi propio parque se atreviera ninguno á representar la inno-ble farsa que habeis presenciado, sin contar con un apoyo directo ó con una tácita complicidad. Considero por lo tanto demasiado peligrosos á los culpables para no procurar por mí misma arrancarles la máscara ¿Qué

opináis vos, caballero Charny?

—Permitame V. M. que no desplegue ya mis labios sobre este asunto: mis sospechas han sido reemplazadas por el temor, y estoy desesperado por lo que aquí sucede.

—Al menos sois un hombre honrado, dijo vivamente la Reyna, puesto que sabeis decir las cosas cara á cara; ese es un mérito, que aun cuando á veces puede herir á los que no son culpables, por engañarse respecto á los que de ellos se presume, hace en cambio que la herida se cure fácilmente.

— ¡Oh, señora! están dando las once y yo tiemblo.

—Id á ver si ha venido alguien, dijo la Reyna para alejar á su compañero.

Charny se apresuró á obedecer esta orden, y recorrió el bosque de Tilos hasta las tapias del parque.

—Nadie absolutamente ha pare-

cido aun, dijo volviendo al sitio donde habia quedado Maria Antonieta.

—¿En qué sitio tuvo lugar la escena que habeis referido?

—Acabo de recibir, señora, en el corazon un golpe terrible, porque al regresar de mi esploracion os he encontrado en el punto mismo donde ví noches pasadas á la supuesta Reyna de Francia.

—¡Cómo! ¡aquí! exclamó la Reyna alejándose con enojo del sitio que ocupaba.

—Ahí mismo, señora, al pie de ese castaño.

—Entonces, caballero, no permanezcamos mas en este sitio, porque si fue en él donde tuvo lugar la cita, á él volverán.

Charny siguió á la Reyna, que echó á andar por otra calle de árboles; el corazon del jóven latia de una manera tan fuerte, que temió que le impidiera oir el ruido de la puerta

que esperaba ver girar sobre sus goznes de un momento á otro.

María Antonieta caminaba altanera y silenciosa, aguardando que apareciese la prueba viviente de su inocencia.

Sonaron las doce de la noche y la puerta continuó cerrada.

En el espacio de media hora la Reyna preguntó mas de diez veces á Charny si los impostores habian acudido con exactitud á todas sus citas.

El reloj de San Luis de Versalles dió á esta sazón los tres cuartos para la una.

—Ya vereis como no vienen hoy, esclamo, dando en el suelo una patada de impaciencia. ¡Solamente á mí me suceden desgracias de este género!

Y al pronunciar estas palabras, clavaba sus ojos en Charny, dispuesta á trabar con él una disputa á la menor señal de triunfo ó de ironía

que descubriese en las miradas de este.

Pero el jóven, palideciendo á medida que volvían á apoderarse de él las sospechas, conservaba una actitud tan grave y melancólica, que en aquel momento se reflejaba visiblemente en su rostro la paciencia de los mártires y de los ángeles.

La Reyna le cogió del brazo y volvió á conducirle hácia el castaño donde se habian detenido momentos antes.

—Decíais, caballero, que es aqui donde los visteis?

—Aqui, sí, señora.

—¿Y fue aqui tambien donde la muger dió una rosa al hombre?

—Sí, señora.

Y la Reyna se hallaba tan débil y tan cansada á causa de su larga permanencia en aquel parque tan húmedo, que tuvo precision de recostarse contra el árbol y de dejar caer la cabeza sobre el pecho.

Dobláronse insensiblemente sus piernas, y como el caballero no le daba el brazo, sentóse, ó por mejor decir, se dejó caer sobre el césped.

Charny permaneció inmóvil y sombrío.

La Reyna ocultó el semblante entre sus dos manos, y esta fue la razon por que el jóven no pudo ver una lágrima que se habia desprendido de aquellos régios párpados y la cual se escurrió entre sus blancos y perfilados dedos.

—Teneis razon, caballero, dijo la Reyna alzando la cabeza repentinamente; estoy condenada: yo habia prometido probar hoy que me habíais calumniado; pero Dios no quiere otorgármelo así, y me inclino por ende ante su suprema voluntad.

—Señora.... murmuró Charny.

—He hecho, continuó María Antonieta, lo que ninguna otra muger hubiera hecho en mi lugar, no ha-

blo de las Reynas, porque ¿de qué sirve el serlo cuando no le es dado reynar ni sobre un corazon siquiera? ¿qué es una Reyna cuando no puede obtener la estimacion de un hombre honrado? ¡Oh, caballero de Charny! dignaos ayudarme al menos á que me levante de este sitio; no me desprecieis hasta el punto de negarme el apoyo de vuestra mano.

— ¡Oh, señora! exclamó Charny, precipitándose como un insensato á los pies de la Reyna, é inclinando su frente; ¿me perdonaria V. M. si yo la dijese que soy un desgraciado que la profesa el amor mas tierno?

— ¡Vos! repuso la Reyna con amarga sonrisa; ¡decís que me amais, y me creis sin embargo una infame!

— ¡Señora!....

— No, caballero, no; vos que deberíais tener mejor memoria, que

me acusais de haber dado aquí una flor, mas allá un beso, y acullá mi amor á otro hombre..... no podeis decir con verdad que me amais! eso seria una mentira.

—Señora, el fantasma de la enamorada Reyna á que yo me he referido, se hallaba en el mismo sitio donde está ahora V. M., y el amante fantasma en el mismo sitio donde yo me hallo. Arrancadme, si os place, el corazon, puesto que estas dos infernales imágenes viven en él á pasar mio y le devoran.

— ¡Y decís que los habeis visto!.... ¡que los habeis oido!.... exclamó la Reyna, asiendo al joven de la mano y atrayéndolo hácia sí, ¡con que era yo segun eso, prosiguió con acento apagado..... ¡Oh! teneis razon, caballero; yo debí ser sin duda: no pretendais por lo tanto averiguar mas. Ahora bien; si en este mismo sitio, si bajo este mismo castaño, sentada como me ha-

llaba segun vos todas esas noches, y arrodillado vos á mis pies como lo estaba el otro, os estrechase yo las manos, os aproximase hácia mi pecho, y os echase al cuello los brazos, diciéndoos: caballero de Charney, ni he amado, ni amo, ni amaré jamás mas que á un hombre en el mundo..... y ese hombre sois vos..... ¿bastaria esto ; Dios mio ! para convenceros de que no es fácil ser una infame, cuando se siente en el corazon, mezclado con la sangre de las Emperatrices, el fuego divino de un amor como el que yo siento.

Al oir Charny estas palabras, exhaló un gemido semejante á los de un moribundo: la Reyna, al pronunciarlas, lo habia embriagado con su aliento ; su mano habia abrasado el hombro del jóven, el contacto de su pecho encendídole el corazon, y el soplo de su alito devorado sus labios.

—¡Permitidme, señora, que muestre mi reconocimiento á Dios! murmuró Charny en voz baja: si así no lo hiciese, si no pensase en el Ser Supremo, quizás pensaría en vos demasiado.

La Reyna se levantó lentamente, y fijó sobre él sus ojos, cuyo llanto apagaban el fuego.

—¿Quereis mi vida, señora? la preguntó el jóven con apasionado acento.

La Reyna prosiguió mirándole en silencio algunos momentos mas, y luego le dijo:

—Dadme vuestro brazo, caballero, y conducidme á todos los sitios donde ellos han estado. Empecemos por aqui, que fue donde ella le dió una rosa....

Y sacando de entre el traje una que conservaba todavía el calor de su enardecido pecho:

—¡Tomadla! dijo al jóven.

Charny respiró el balsámico per-

fume de la rosa, y la colocó en seguida encima del corazon.

—¿No fué aqui tambien, preguntó la Reyna, donde la *otra* dió su mano á besar?

—¡Las dos manos, señora! respondió Charny estremeciéndose de emocion al sentir estrechado su semblante por las ardientes manos de María Antonieta.

—¡Ya queda purificado este sitio! exclamó en seguida la esposa de Luis XVI con una sonrisa angelical; vámonos ahora hácia los baños de Apolo; ¿no estuvieron ellos tambien alli?

El jóven se detuvo estupefacto y medio muerto, como si acabara de desplomarse el cielo sobre su cabeza.

—Ese es un sitio adonde jamás he entrado sino de dia, dijo alegremente la Reyna. Recorramos juntos tambien el lugar por donde se marchaba el afortunado amante.

Y asiéndose al brazo del hombre mas feliz y afortunado que jamás existió sobre la tierra, echaron á andar con ligero paso y regocijado semblante, atravesando casi corriendo las praderitas que separaban el bosque de tilos de las tapias de la cerca. De este modo llegaron tambien á la puerta, detrás de la cual se veian impresas en el lodo huellas de caballos.

—Aquí es, señora, dijo Charny.

—Yo traigo conmigo todas las llaves: tomadlas, abrid con ellas, y exploremoslo todo.

Charny se apresuró á obedecer á la Reyna, y saliendo ambos del parque, se inclinaron para ver las pisadas: la luna, oculta hasta entonces por una nube, se mostró en todo su esplendor, como si hubiera querido ayudarlos en sus investigaciones.

La blanca luz del astro de la noche se esparció suave y tierna-

mente sobre el hermoso semblante de María Antonieta, que, apoyada en el brazo de Charny escuchaba y tendia la vista con la mayor atencion hácia las alamedas inmediatas.

Asi que registró con la mayor escrupulosidad el sitio que habian ido á reconocer, obligó al caballero á volver á entrar en el parque, atrayéndolo hácia sí con una dulce precision.

Cerróse en seguida la puerta detrás de ellos.

El reloj dió las dos de la madrugada, y la Reyna se volvió hácia el jóven diciendole:

—Adios, amigo mio; volveos á vuestra habitacion, y hasta mañana.

Y sin pronunciar una palabra mas, estrechóle la mano y se alejó rápidamente siguiendo la línea del seto en direccion al palacio.

Un poco mas allá de la puerta

que acababa de cerrarse, había oculto un hombre que salió de allí á un momento, y desapareció por entre los árboles del camino.

Este hombre llevaba consigo el secreto de la Revna.

LA DESPEDIDA.

La Reyna se presentó á la mañana siguiente á la hora de misa con semblante risueño y radiante de hermosura.

Sus guardias habian recibido órde de dejar pasar á todo el mundo. Era Domingo , y S. M. habia dicho al despertarse : ¡Escelente dia ! aprovechémosle viviendo alegremente.

En efecto, María Antonieta esperó aquella mañana con mas placer que de costumbre el perfume de sus flores favoritas; mostróse mas espléndida aun que de ordinario en las gracias que concedió, y mas devota y reconocida al Ser Supremo. Durante la misa no padeció ni una distraccion siquiera, y no faltó quien observara que jamás habia inclinado tanto su magestuosa cabeza.

Mientras que oraba con este fervor, la turba de cortesanos iba reuniéndose como lo tenia de costumbre los Domingos, en las habitaciones situadas al paso de la capilla; la concurrencia era tan grande, que hasta las escaleras estaban cuajadas de damas y gentiles-hombres.

Distínguise entre aquellas Mad. de La Motte por la modestia y elegancia de su traje; entre la doble fila que formaban los caballeros, hacíaase notar tambien Mr. Charny, á quien todos cumplimentaban por su

curacion, por su regreso á la corte, y con especialidad por la satisfaccion y regocijo que revelaba su semblante.

El favor es un perfume sutil, y se divide con tal facilidad en el aire, que mucho antes de abrir el pebetero, los inteligentes ya definen, reconocen y aprecian la calidad del aroma. La amistad de Oliverio con la Reyna databa únicamente de diez y seis horas escasas, y sin embargo todo el mundo era ya amigo de Charny.

Mientras que este aceptaba todas aquellas felicitaciones con el agradable semblante de un hombre verdaderamente feliz, y mientras que por manifestarle mayor amistad y deferencia toda la fila de caballeros de la izquierda queria pasar á la en que él se hallaba, precisado el jóven á tender sus miradas sobre el grupo que se apiñaba en torno suyo, notó enfrente de sí una figura, que ha-

bia quedado sola, y cuya sombría palidez é inmovilidad no pudo menos de llamarle la atencion en medio de su embriaguez.

Charny reconoció en ella á Felipe de Taverney, vestido de uniforme y con la mano en la guarnicion de la espada.

Desde las visitas de cumplido hechas por el último en la antecámara de su adversario á consecuencia del duelo, y despues del secuestro de Charny por el doctor Luis, ninguna clase de relaciones habia mediado entre ambos rivales.

Charny, por lo tanto, al ver á Felipe que le miraba tranquilamente y sin manifestar en el rostro ni rencor ni benevolencia, empezó por un saludo de cabeza que aquel le devolvió desde lejos.

En seguida, y separando con una mano el grupo que le rodeaba, dijo á las personas que lo componian:

—Con vuestro permiso, señores, voy á cumplir un deber de delicadeza.

Y atravesando el espacio que mediaba entre la fila izquierda y la derecha, se encaminó derecho hácia donde estaba Felipe, el cual permaneció en la misma inmovilidad.

—Caballero de Taverney, le dijo Oliverio saludándole con mucha mas cortesía que la vez primera; no he olvidado que tengo que daros las mas espresivas gracias por el interés que os dignásteis manifestar por mi salud; sírname, empero, de disculpa de no haberlo hecho antes, el que solo hace tres dias que he llegado á la corte.

Felipe se ruborizó al oir estas palabras, y levantó los ojos hácia su interlocutor, volviéndolos á bajar al momento.

—Mañana, continuó Charny, tendré la honra de visitaros, y espe-

ro, caballero, que no me guardareis rencor alguno.

—Cierto que no, caballero, replicó Felipe.

Charny hizo ademán entonces de alargar su mano á Taverney para que este colocase en ella la suya, cuando los golpes de un tambor anunciaron la llegada de la Reyna.

—Ya está ahí S. M., exclamó Felipe lentamente y sin corresponder al ademán amistoso de Charny.

Y al terminar estas palabras, y á guisa de punto final de ella, se inclinó ante su interlocutor, haciéndole una cortesía que revelaba mas melancolía que frialdad.

Charny se apresuró á incorporarse con sus amigos de la fila derecha, un poco sorprendido.

Felipe de Taverney, por su parte, continuó en su puesto tan inmóvil como si se hubiera hallado de servicio.

La Reyna iba ya acercándose,

sonriendo á algunos, recogiendo por sí misma ó mandando recoger memoriales; y mirando á Charny, á quien habia visto de lejos, con aquella bravura temeraria de que hacia alarde en sus amistades, y la cual calificaban de impudor sus enemigos.

Al acercarse al grupo donde se hallaba el jóven, pronunció en alta voz estas palabras:

—Pedid hoy cuanto querais, caballeros; no podríais escoger mejor ocasion, porque hoy me seria imposible negar nada.

El sentido de estas mágicas expresiones, y el acento con que fueron pronunciadas, penetraron en el corazon de Charny, ahogándolo de regocijo; el semblante del jóven caballero se inmutó de placer, y de esta manera comprendió la Reyna la estension de su gratitud.

El ruido de unos pasos y el eco de una voz estraña vinieron á sa-

car á María Antonieta de su dulce pero peligrosa contemplacion.

Los pasos sonaron á su izquierda sobre el pavimento de mármol, y la voz habia dicho con grave y conmovido acento :

— ¡ Señora !....

La Reyna se volvió entonces hacia Felipe, y al verse colocada entre aquellos dos hombres, á uno de los cuales se reprendia interiormente quizás de amar demasiado, no fue dueña de reprimir un movimiento de sorpresa.

— ¡ Cómo ! ¿ sois vos, caballero de Taverney ? Si teneis alguna cosa que pedirme, hacedlo sin el menor cuidado.

— Solo tengo que pedir á V. M. que me conceda diez minutos de audiencia, repuso Felipe inclinándose y conservando la severa palidez de su frente.

— Ahora mismo, caballero, dijo la Reyna echando una furtiva mi-

rada sobre Charny, á quien temia ver tan cerca de su adversario: seguidme, Sr. de Taverney.

Y al oir á sus espaldas los pasos de Felipe, y convencida de que Charny quedaba en su puesto, atravesó con rapidez por medio de las dos filas de cortesanos, recibiendo no obstante cuantas cartas, memoriales y súplicas le presentaban al paso.

Asi que llegó á la puerta de su cámara dió algunas órdenes y penetró en ella.

Un cuarto de hora despues fue introducido Felipe en la biblioteca, que era donde daba audiencia S. M. los Domingos.

— Vamos, caballero de Taverney, dijo la Reyna con alegre tono; entrad y hacedme el obsequio de ponerme buena cara, porque, hablando francamente, me tiemblan las carnes cada vez que me pide una audiencia un Taverney. Vuestra fa-

milia es para mí de mal agüero. Dignaos por tanto tranquilizarme pronto diciéndome que no venís hoy á anunciarme una desgracia.

Felipe, á quien este preámbulo hizo palidecer mucho mas aun de lo que estaba durante su conversacion con Charny, se contentó con replicar, viendo el poco afecto que revelaba el lenguaje de la Reyna:

—Esta vez, señora, tengo la honra de poder decir á V. M. que le traigo una buena noticia.

—¡Hola! ¿Con que es una noticia? dijo la Reyna.

—¡Ay! Sí, señora.

—¡Dios mio, qué oigo! exclamó María Antonieta con aquel acento de buen humor que hacia á Felipe tan desgraciado. ¿Qué es lo que acabais de decir, caballero? ¡Pobre de mí! No me espera mala, cuando Mr. de Taverney acaba de pronunciar un ¡ay!...

—Señora, repuso gravemente Fe-

lipo; dos palabras tan solo bastarán para persuadir enteramente á V. M. de que no solo no ha de anublarse hoy vuestra noble frente por la presencia de un Taverney, sino que jamás ha de turbarse su buen humor por la ausencia de un Taverney de Casa-Roja. Desde este mismo instante el último individuo de esa familia, á la cual se habia dignado V. M. conceder algun favor, va á ausentarse para no volver jamás á la corte de Francia.

— ¡Cómo, vais á partir! exclamó la Reyna, abandonando repentinamente el tono de broma que habia adoptado como recurso contra las emociones que presumia iba á causarle esta entrevista.

— Sí, señora.

— ¡Ah! ¡Vos tambien!...

— Mi hermana, repuso Felipe inclinándose, ha tenido ya el sentimiento de despedirse de V. M.; yo, por mi parte, soy enteramente inú-

til á la Reyna, y voy á partir de consiguiente.

María Antonieta fue á sentarse llena de turbacion, reflexionando que Andrea habia ido á pedirle su licencia perpétua á la mañana siguiente de una entrevista con el doctor Luis, en la cual habia recibido Oliverio el primer indicio de las simpatías que este le inspiraba.

—¡Esto es muy extraño! murmuró sin añadir una palabra mas.

Eelipe proseguia en pie como una estatua, esperando el gesto de despedida.

—¿Y á dónde os dirigís, caballero? preguntó la Reyna, saliendo repentinamente de su letargo.

—Quiero ir á reunirme con Mr. de Lapey-rouse, replicó Felipe.

—Mr. de Lapey-rouse se halla actualmente en Terranova.

—Ya tengo hechos todos los preparativos para ir en su busca.

—Pero ¿no sabeis que le han

vaticinado una muerte terrible ?

—Yo no sé si será terrible ó no, repuso Felipe ; pero sí que será pronta.

Y sonriéndose acto continuo con aquel semblante tan espresivo y tan dulce , añadió :

—Por eso quiero ir á reunirme con Lapey-rouse.

La Reyna volvió á sumirse otra vez en su inquieto silencio.

Felipe volvió á quedarse en ademan respetuoso , esperando la señal de despedida.

Despertóse luego mas temerario que nunca el instinto tan noble y tan arrogante de María Antonieta , y levantándose del sillón , acercóse al jóven , y le dijo , cruzando sus blanquísimos brazos sobre el pecho :

—¿Por qué os habeis decidido á partir ?

—Porque tengo grandes deseos de viajar , repuso Felipe dulcemente.

—¡Pues no habeis dado ya la

vuelta al mundo! replicó la Reyna, dejándose engañar un instante por aquella tranquilidad heroica.

—En efecto, señora, continuó Felipe: he dado la vuelta al nuevo mundo; pero no he recorrido el nuevo y el antiguo á un tiempo.

La Reyna hizo un ademán de despecho, y repitió al hermano lo que habia dicho á la hermana:

—Estos Taverney son una raza de hierro con corazones de acero del mejor temple. Vuestra hermana y vos sois dos personas terribles, dos amigos á quienes concluye uno por aborrecer. Vuestra partida, caballero, no tiene por objeto el viajar, porque estais ya cansado de los viajes: el objeto verdadero es separaros de mí. Tambien vuestra hermana me dijo que la llamaba la religion, y sin embargo, creo adivinar que bajo aquella ceniza se oculta un corazon de fuego; pero quiso marcharse á todo trance, y se marchó: Dios la

haga feliz. Vos que podíais serlo sin alejaros de la corte, quereis marcharos tambien: ¡mirad si tenia yo razon, hace poco, en decir que los Taverney me traen siempre alguna desgracia.

—Perdonadnos, señora; pero si V. M. se dignase escudriñar mejor nuestros corazones, hallaría en ellos una abnegacion sin límites.

—¡Escuchad! exclamó María Antonieta con ademan sombrío: vos sois un cuákero, y ella una filósofa; es decir, dos criaturas con las cuales es imposible todo trato: vuestra hermana se empeña en considerar el mundo como un paraíso, donde no se entra sino con la condicion de ser unos santos, y vos lo considerais como un infierno, donde no entran mas que los demonios: por eso os engañais ambos en huir del mundo: el uno porque encuentra en él lo que no busca; la otra porque lo que busca no lo encuen-

tra. ¿No digo la verdad? Vamos, vamos, mi querido Taverney, dejad á los humanos quietos con sus imperfecciones; no exijais á las familias reales que sean los individuos menos imperfectos de la raza humana; sed tolerante, ó por mejor decir no seais egoista.

María Antonieta pronunció estas palabras con demasiada pasión, para que Felipe no obtuviera con ellas alguna ventaja.

—El egoismo, señora, es una virtud, repuso el jóven, cuando se sirve uno de él para consultar el objeto de su idolatría.

—Todo cuanto sabré deciros, replicó la Reyna ruborizándose, es que yo amaba á Andrea, y que sin embargo se ha separado de mí: respecto á vos, os manifestaré asimismo que poseéis toda mi confianza, y que tambien quereis abandonarme. No deja de ser humillante para mí, esta no es una queja, el ver que dos

personas tan perfectas abandonan mi servicio.

— Nada puede humillar á una persona tan augusta como vos, señora, dijo friamente Felipe de Taverney: la vergüenza no llega nunca á frentes tan elevadas como la de V. M.

— Asegúroos, caballero, que estoy buscando con la mayor obstinacion qué es lo que ha podido heriros.

— ¡Oh! nada, nada, señora, respondió vivamente Felipe.

— Vuestro grado ha sido confirmado; vuestra fortuna caminaba viento en popa; yo os distinguia...

— Repito á V. M. que trato de partir tan solo porque estoy hastiado de la corte.

— ¿Y si yo os dijese que os quedarais?.... ¿y si yo os lo ordenase?....

— Tendria el dolor de contestar á V. M. con una negativa.

La Reyna volvió á sumirse por tercera vez en aquella silenciosa re-

serva, que era para su lógica lo que la acción de romper para el herrero fatigado, como las veces anteriores salió también de su silencio por medio de un golpe estrepitoso.

— ¿Hay, por ventura, en la corte alguna persona cuya presencia os desagrade? ya sabéis, caballero, que sois muy susceptible; dijo María Antonieta clavando su penetrante mirada sobre Felipe.

— Nadie absolutamente.

— Yo os creía indispuerto..... con un joven oficial..... llamado Mr. Charny..... á quien heristeis en un duelo..... exclamó la Reyna animándose gradualmente. Y como es natural, añadió, el huir de las gentes á quienes no se ama, nada tendría de extraño que deseáseis abandonar la corte, despues que habeis visto que ha regresado á ella Mr. de Charny.

Felipe no respondió ni una pa-

labra siquiera.

La Reyna interpretó equivocadamente el silencio de aquel hombre tan bizarro como leal, creyó que no tenía que habérselas sino con un celoso ordinario, y se propuso por ende perseguirlo sin compasion.

— ¿No habeis sabido hasta hoy,, continuó la Reyna, el regreso de Mr. de Charny? Notad, caballero, que os digo hoy, porque hoy es cuando venís á pedirme vuestra licencia para marcharos.

Felipe, en lugar de palidecer, se puso lívido, y al verse atacado y hollado de aquel modo, respondió con estas crueles palabras:

—En efecto, señora; hasta hoy no habia llegado á mi noticia el regreso de Mr. Charny; solo que lo he sabido mas temprano de lo que V. M. piensa, puesto que esta mañana á las dos de la madrugada he encontrado á ese caballero á la puerta del parque que se corresponde

con los baños de Apolo.

La Reyna palideció á su vez, y despues de reparar con una admiracion mezclada de terror en la perfecta cortesía de las palabras del caballero, á pesar de su cólera, murmuró con acento apagado:

—Bien está, caballero, bien está; podeis marcharos cuando gustéis; por mi parte no insisto en ponerlos ningun obstáculo.

Felipe de Taverney saludó por última vez á la Reyna, y echó á andar con mesurado y lento paso.

La Reyna cayó anonadada sobre su sillón, esclamando interiormente:

— ¡Oh Francia, Francia! seguramente que eres el pais que produce corazones mas nobles.

LOS CELOS DEL CARDENAL.

El Cardenal, sin embargo, habia visto sucederse tres noches consecutivas, bien diferentes de las que su corazon hacia revivir sin cesar.

Ni el menor recado de nadie, ni la esperanza mas remota de una visita le habia sido dado concebir fundadamente durante todo este tiempo, y aquel silencio mortal, des-

pues de las agitaciones de la passion, venia á ser para su Eminencia la oscuridad de un sótano despues de haber disfrutado de la refulgente luz del sol.

El príncipe de Rohan se habia mecido primero con la halagüena esperanza de que su amante, muger primero que Reyna, desearia conocer á fondo la clase de cariño que se le manifestaba, y si era tan querida despues como antes: sentimiento enteramente masculino, cuya materialidad llegó á convertirse al poco rato en una arma de dos filos, la cual hirió profundamente al Cardenal cuando se volvió conta su pecho.

En efecto, al ver que no recibia mensaje alguno, y que nada mas oia que el silencio, sirviéndonos de la espresion de Mr. Dolille, el infortunado creyó que la prueba otorgada á su amor le habia sido desfavorable, y á consecuencia de esta con-

getura se apoderaron de él un terror, una angustia y una inquietud de las cuales difícilmente podría formarse una idea aquel que no ha sufrido esas neoralgias generales, que convierten cada fibra de las que tienen en el cerebro su origen en una serpiente de fuego, la cual se enrosca y se estiende á su capricho.

Esta dolencia llegó á hacerse insoportable para el príncipe, el cual mandó en el discurso de medio día mas de diez emisarios á Versalles, y otros tantos al domicilio de Mad. de La Motte.

El duodécimo llegó al fin escoltando á la condesa, quien, como nuestros lectores saben, se habia quedado en la corte vigilando á la Reyna y á Charny, y la cual se daba el parabien interiormente por aquella impaciencia del Cardenal, que debia proporcionarle el buen éxito de su empresa.

—¡ Condesa ! exclamó vivamente

el príncipe, al ver entrar á Mad. de La Motte: ¡ah! ¡no esperaba de vos que retardárais tanto vuestra visita, cuando os consta que me hallo en un suplicio capaz de conducir-me á la muerte!

—¡Paciencia, monseñor, paciencia! replicó Juana; lo que yo he estado haciendo en Versailles, lejos de vos, es mucho mas útil de lo que vos hacíais aquí esperando mi presencia.

—No creia, condesa, que llegara vuestra crueldad á tanto, repuso el Cardenal mas tranquilo con la esperanza de obtener noticias: veamos, ¿qué se dice por la corte?

—La ausencia, monseñor, siempre es una enfermedad dolorosa, ya se padezca en Paris, ya en Versailles

—¡Oh! gracias, amiga mia, gracias; pero....

—¿Qué?

—¿Y las pruebas?

— ¡Pruebas ! exclamó Juana : ¿ estais loco , monseñor , al pretender que una muger dé pruebas de sus faltas.

— Ya supondreis que lo que yo deseo no es un documento justificativo para una sumaria , sino una prenda cualquiera de amor.

— Permitidme , monseñor , que os diga , repuso Juana despues de mirar al príncipe de una manera singular , que os vais haciendo muy exigente y olvidadizo.

— ¡ Oh ! ¡ ya sé dónde van á parar ! pero juzgad mi corazon por el vuestro , y decidme francamente si puede estar lleno de satisfaccion aquel á quien le sucede lo que á mí. ¿ Aceptaríais vos , condesa , el ser olvidada como yo lo estoy , despues de haber recibido , en la apariencia al menos , ciertos favores ?

— Si no he oido mal , creo que acabais de decir que habeis recibido favores en la apariencia ; ¿ habeis

dicho eso, monseñor? preguntó Juana con acento de burla.

—Conozco, condesa, que podeis batirme con toda impunidad; de consiguiente no vacilaré en confesaros, que mis quejas carecen de fundado pretesto; pero á pesar de todo...

—Entonces, monseñor, ya no puedo ser responsable de vuestro disgusto: ¿qué quereis que yo le haga, si las causas de él son frívolas, ó nada mas que visiones?

—¡Qué mal me tratais, condesa!

—No hago mas que repetir vuestras propias palabras, y seguir el hilo de la discusion.

—Inspiraos con vuestras propias ideas en vez de echarme en cara mis locuras, dijo el Cardenal; ayudadme en vez de atormentarme.

—Difícilmente podré ayudaros en un asunto en el que no veo que haya que hacer nada.

—¡Qué no hay que hacer nada! exclamó el príncipe recalcando mu-

cho estas espresiones.

— Absolutamente nada.

— ¡Pues bien, condesa! exclamó Mr. de Rohan; habeis de saber que no todos dicen eso.

— ¡Ay! ¡ay! monseñor; ¿ya volvemos á la cólera? entonces jamás nos comprenderemos: permítame vuestra Eminencia que le hable con esta claridad.

— Sí, condesa, sí; vuelvo á la cólera, porque vuestra mala voluntad me impele á ello.

— ¿Y no reflexionais que tal vez sois injusto para conmigo?

— ¡Oh, no tal! ¡no es á vos á quien yo culpo! no me servís mejor será probablemente porque no podeis.

— Y si me juzgais tan bien, ¿por qué me acusábais hace un momento?

— Porque deberíais cuando menos decirme toda la verdad.

— ¡La verdad! ya os he dicho

cuanto sabia.

—Pero no me decís que la Reyna es una pérfida, una coqueta que atrae é impele á las gentes á que la amen, para sumirlas luego en la desesperacion.

— ¡Explicaos, monseñor! exclamó Juana mirándole sorprendida y temblando de miedo, si no de gozo.

En efecto Mad. de La Motte acababa de columbrar en los celos del príncipe un espediente que las circunstancias no hubieran tal vez proporcionado para desembarazarse de tan difícil posicion.

—Confesad, cordesa, continuó el Cardenal calculando únicamente con auxilio de su pasion, que la Reyna se niega á verme; confesádmelo así, os lo ruego con toda mi alma.

—No puedo confesar eso, monseñor.

—Confesad al menos que si no me rechaza de su propia voluntad,

como aun me atrevo á presumir, lo hace tal vez por complacer á algun otro amante á quien haya alar-
mado la frecuencia de mis visi-
tas.

— ¡ Oh ! ¿ qué decís , monseñor ?
esclamó Juana con un tono tan me-
tuculoso que daba margen á sospe-
char mucho mas de lo que trataba
de encubrir.

— Escuchad , amiga mia : la últi-
ma vez que yo ví á S. M. , prosi-
guió el príncipe , parecióme haber
oido en el bosque algun ruido.

— ¡ Bah ! eso es una locura.

— Voy á deciros , pues , todo lo
que sospecho.

— No digais ni una palabra , mon-
señor , porque ofendeis á la Reyna ;
prescindiendo de que aun cuando
fuese tan desgraciada que tuviese que
temer la vigilancia de otro aman-
te , lo cual estoy muy lejos de creer ,
¿ seríais tan injusto que fuéseis á
hacerle una reconvencion por lo pa-

sado, cuando ella os lo sacrifica?

— ¡Lo pasado! ¡lo pasado! exclamó el Cardenal; ¡soberbia palabra! pero ya sabeis, condesa, que quedaria desvirtuada completamente, si ese pasado es mas bien lo presente, ó tiene que degenerar en futuro.

— ¡Bah! No parece sino que me estais hablando lo mismo que á un corredor á quien se acusase de haber hecho un mal negocio. Vuestras sospechas, monseñor, van siendo ya tan injuriosas para la Reyna, que de rechazo lo son tambien para mí.

— En tal caso, probadme.....

— ¡Ah, monseñor! si volveis á repetir esa palabra, tomo la injuria por mi cuenta.

— Pero, en fin, condesa..... ¿me ama al menos un poco S. M.?

— Hay un medio sencillísimo de que lo sepais, repuso Juana señalando al príncipe una mesa sobre

la cual se veia recado de escribir; sentaos, tomad la pluma, y preguntádselo á la Reyna misma.

— ¡Ah! ¿y tendreis á bien encargaros de entregar vos misma el billete á S. M.?

— ¿Quien habia de hacerlo si no?

— Y..... ¿me prometeis traerme una respuesta?

— ¡Pah! sin duda estais loco, monseñor; en otro caso, ¿cómo habiais de saber á qué ateneros?

— ¡Oh, condesa, cuánto os lo agradeceré! ¡qué buena sois!

— ¿No es verdad que sí? preguntó Juana con sonrisa burlona.

El Cardenal se sentó, tomó la pluma y empezó una carta. El príncipe sabia espresarse y escribir con elocuencia; esto, no obstante, empezó y rompió diez billetes sin lograr ni quedar satisfecho de ninguno.

— Si vais á este paso, monseñor, no acrbareis nunca, le dijo Juana.

—Es que habeis de saber, condesa, que desconfio mucho de mi ternura, porque rebosa mal de mi grado, y me temo molestar con ella á la Reyna.

— ¡Ah! exclamó Juana con ironía; si le escribís como hombre político, os contestará, y hará muy bien, como una diplomática; pero esta es cosa que solo á vos os concierne.

—Decis bien, condesa; preciso es confesar que sois una muger en toda la estension de la palabra; corazon y talento en una pieza: de consiguiente, ¿qué mal puede haber en que sepais este nuevo secreto, cuando sabeis otro de mayor importancia?

—A decir verdad, monseñor, respondió sonriendo la condesa, no es gran cosa lo que teneis que ocultarme.

—Pues bien, dignaos leer por encima de mi hombro lo que yo es

criba, si os es posible; mi corazon arde, y mi pluma va á devorar el papel.

El Cardenal escribió una carta tan apasionada, tan loca, tan llena de amorosas reconvenciones y de protestas tan comprometidas, que cuando terminó la última frase, Juana, que habia seguido sus pensamientos hasta que lo vió ir á poner la firma, se dijo interiormente:

—Acaba de escribirle lo que yo misma no hubiese osado dictarle.

El Cardenal volvió á leer la carta, y preguntó á Juana de la Motte:

—¿Está bien así?

—Si ella os ama, mañana lo sabreis, replicó la traidora: entretanto, monseñor, calmad vuestra impaciencia.

—Decis bien; esperemos hasta mañana.

—No os pido mas plazo, monseñor.

Y tomando el billete, se dejó besar la mano por el Cardenal, y regresó á su casa á eso de las siete de la noche.

Una vez en su aposento, hizo que la desnudaran y se entregó despues á sus meditaciones.

La situacion era tal como se la habia figurado desde el principio.

Dos pasos mas, y ya iba á tocar el resultado.

Cuál de los dos era preferible escojer para escudo, ¿la Reyna ó el Cardenal?

La carta de su Eminencia imposibilitaba á este de acusar á Mad. de La Motte el dia que se le antojase á la condesa obligarle á reembolsar la suma del collar.

Y aun suponiendo que el Cardenal y la Reyna se viesen para ponerse de acuerdo, ¿cómo era posible que se atrevieran á perder á Mad. de La Motte, siendo poseedora de tal secreto?

A lo sumo, la Reyna se contentaria con creer en el ódio del Cardenal, y este por su parte lo atribuiría todo á la coquetería de María Antonieta. Tambien podria suceder que mediase entre ambos alguna esplicacion; pero esta en todo caso seria secreta, y Mad. de La Motte pretestaria entonces que se habia sospechado de ella para espatriarse, y reducir á metálico la suma de millon y medio de libras.

El príncipe llegaría á saber, por supuesto, que Juana habia cargado con los diamantes, y la Reyna no dejaria de adivinarlo; pero ¿de qué les serviría hacer público un hecho unido estrechamente con el del parque y el de los baños de Apolo?

Lo único en que tropezaba la imaginacion de Mad. de La Motte, era en que una carta no bastaba, á su juicio, para establecer todo este sistema de defensa. A esta ob-

jecion, sin embargo, se respondia á sí misma diciendo que el Cardenal tenia muy buenas plumas, y que no dejaria por lo tanto de escribir otras siete ú ocho veces.

En cuanto á la Reyna, ¿quién podia asegurar que no se ocupaba á la sazón en forjar con Mr. de Charney armas para combatir á Mad. de La Motte?

Todas estas reflexiones conducian á considerar como inevitable la fuga, y Juana iba preparándola con tiempo.

A este fin hizo el siguiente cálculo. Lo primero que vendrá será el vencimiento de los pagarés, y en seguida la denuncia de los joyeros. La Reyna participaria todo esto á Mr. de Rohan.

Mas ¿por conducto de quién?

Claro estaba que no podia ser por otra mediacion que por la de Juana, quien prevendria al príncipe y le estimularia á pagar. Si se

negaba á ello, amenaza al canto de publicar las cartas, y punto concluido. El príncipe pagaria sin remedio.

Conseguido el pago del collar, ya se obviaba el mayor peligro; el mayor peligro; en cuanto al escándalo, era cuestion de intrigas, Mad. de La Motte no temia nada. El honor de una Reyna y el de un príncipe de la Iglesia comprados al precio de millon y medio de libras, no podian ser mas baratos. Juana estaba punto menos que segura de obtener tres millones cuando quisiese.

Ahora bien, ¿por qué consideraba Juana como resuelta la cuestion de intriga?

Por la sencilla razon de que el Cardenal se hallaba en la conviccion de haber visto tres noches seguidas á la Reyna en los bosques de Versalles, y no habia fuerza humana suficiente á probar al Cardenal que

se habia equivocado. La única prueba posible de aquella superchería, la única evidente é irrecusable, era una prueba evidente, la cual corria de cuenta de Mad. de La Motte el quitar de enmedio.

Aquí llegaba Juana de sus meditaciones, cuando asomándose á la ventana vió á Oliva muerta de curiosidad en su balcon.

— Ahora compongámonos con esta, pensó Juana saludando á su cómplice, y haciendole la señal convenida para que bajara á la hora de costumbre.

Oliva se metió llena de gozo en su habitacion despues de haber recibido esta comunicacion oficial, y Juana volvió á entregarse á sus meditaciones.

Entre las gentes de intriga nada hay mas comun que romper ó deshacerse del instrumento, cuando ya no les sirve; pero el escollo en que suelen tropezar la mayor parte

es en que al romper el instrumento, ó lo hacen de modo que exhale un gemido en virtud del cual se pone en claro su secreto, ó no lo inutilizan tan completamente que deje de servir á otras manos.

Juana presumió que Oliva tal vez no se dejaría quebrar de la manera conveniente sin exhalar el gemido mencionado, y era preciso por tanto inventar un cuento que la decidiese á huir, y otro para que esta decision fuese voluntaria.

A cada paso encontraba una dificultad Mad. de La Motte; pero sabido es; que ciertos caracteres encuentran tanto gozo en obviar ciertos obstáculos, como lo hallan otros en pisar sobre rosas.

Debe tenerse presente que Oliva, á quien las relaciones con Juana llenaban de encanto, no las encontraba agradables sino relativamente; es decir, que consideradas al través de los cristales de su pri-

sion, le parecian deliciosas. Pero la ingénua Nicolasa no se tomaba el trabajo de disimular á su amiga que hubiera preferido la libertad, los paseos al sol y al aire libre y todas las demas realidades de la vida, á las expediciones nocturnas y á su ficticio reynado.

Para ella lo accesorio de la vida eran Juana, sus caricias y su intimidad; lo principal de la vida para Nicolasa eran el dinero y Beau-sire.

Mad. de La Motte, que habia estudiado y comprendido á fondo esta teoría, se prometió aplicarla á la primera ocasion.

El tema que se propuso para la conversacion que iba á tener con Nicolasa, fue la necesidad de hacer desaparecer absolutamente la prueba de las criminales supercherías cometidas en el parque de Versailles.

Llegó la noche, y Oliva bajó á la hora convenida: Juana estaba es-

perándola á la puerta.

Asi que se reunieron se dirigieron por la calle de San Claudio, hasta el boulevard, desierto á la sazón, donde se metieron en un carruaje, que para dejarlas hablar mas cómodamente caminaba al paso, por la carretera circular que conduce á Vincennes.

Nicolasa iba disfrazada con un traje sencillo, y oculto el rostro bajo una gran escofeta: Juana iba vestida de modista. Difícil era, pues, reconocerlas en aquel traje; para ello hubiera sido preciso asomarse á la portezuela del coche, á lo cual únicamente tenia derecho la policía.

El carruaje, ademas, llevaba pintado en los costados el escudo de los Valois, garantía suficiente para que ningun polizone se atreviese á forzar la consigna. Oliva empezó por cubrir de besos á Juana, la cual se les devolvió con usura.

—¡ Oh! ¡ qué dia tan aburrido

he pasado ! exclamó Nicolasa ; ¡ en todo él he cesado de invocar vuestra presencia y de mirar á vuestras ventanas !

— Me ha sido de todo punto imposible el ir á veros , porque vos y yo , amiga mia , hubiéramos corrido un gran riesgo.

— ¡ Cómo ! exclamó Nicolasa sorprendida.

— Un peligro horrible , el cual me hace estremecer aun.

— ¡ Oh ! contadme eso.

— Ya os acordareis de que os aburríais extraordinariamente en vuestra prision.

— ¡ Ay ! sí.

— Y que deseásteis salir á la calle para distraeros.

— Cuyo deseo os habeis apresurado á satisfacer con la amistad mas tierna ; lo sé muy bien.

— Tampoco habreis olvidado lo que os dije respecto á aquel empleado de palacio , no poco aturdido , pero ama-

ble, que estaba enamorado de la Reyna, á la cual os pareceis un poco.

—Lo recuerdo tambien.

—No ignorais asimismo que tuve la debilidad de proponeros una diversion inocente á costa del pobre mozo, haciéndole creer que la Reyna estaba encaprichada con él.

—¡Ay! dijo Oliva suspirando.

—Nada quiero deciros de los dos primero paseos que dimos con él por la noche en el bosque de Versailles.....

Oliva volvió á suspirar al oir estas palabras.

—De aquellas dos noches, en las cuales representásteis tan bien vuestro papel, que nuestro amante tomó la cosa por lo sério.

—En lo cual quizás hicimos mal, repuso Oliva en voz baja, porque parecia un buen muchacho y no debimos engañarle: yo, por mí, os confieso que lo tengo por un caba-

llero excelente.

—¿ Si ?

—¡ Oh ! sí.

—Pues no está en eso todo el mal; el haberle dado una rosa, el haberle consentido en que os diera tratamiento de *Magestad*, y el haberle permitido besar vuestras manos, todo eso no vale una futeza. Lo que hay en ello de peor , querida mia , es.... es , el que por lo visto no fue eso solo.

Oliva se ruborizó en tales términos que , á no ser por la oscuridad de la noche , no habria podido menos de notarlo su compañera. Verdad es que , como muger de talento , llevaba esta fijos los ojos en el camino , y no en su amiga.

—¡ Cómo !... balbuceó Nicolasa ; ¿ pues qué mas hubo ?

—Sí tal , repuso Mad. de La Motte ; hubo.... segun empieza á susurrarse , otra tercera entrevista.

— Ya se ve que sí, exclamó Oliva vacilante; demasiado bien debeis saberlo vos, puesto que asististeis á ella.

— Perdonad, amiga mia; pero no debeis haber olvidado que yo me hallaba como las demas noches á cierta distancia, acechando, ó aparentando al menos que acechaba para representar mejor la comedia. Por lo tanto nada pude oir ni ver de lo que pasó en aquella gruta, sobre este particular tuve que atenerme á lo que vos me habeis contado, y no me negareis que me dijisteis que hubo el paseo, la rosa y el besamanos de costumbre. Yo lo creí, y punto concluido.

— Y bien..... ¿qué?.... preguntó temblando Oliva.

— ¡Una friolera, amiga de mi alma!.... que nuestro loco anda divulgando por ahí mucho mas de lo que le concedió realmente la presunta Reyna.

— ¡Cómo!

— Ni mas ni menos; parece que embriagado, aturdido, loco de pasión y de vanidad, se jacta de haber recibido de la Reyna una prueba irrecusable de amor correspondido.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Oliva.

— Vamos, seguramente debe estar loco cuando miente de esa manera, ¿no es verdad?

— Ciertamente..... repuso balbuceando Oliva.

— Ya estaba yo segura de ello; ¡cómo habíais de esponeros á un peligro tan terrible sin decirme nada!

Oliva se estremeció de pies á cabeza.

— ¿Qué viso de verdad podría tener, continuó la terrible amiga, el que amando como amais á Beausi-re, y siendo una buena compañera, y habiendo rehusado los ob-

sequios del conde Cagliostro, hubiérais ido á dar por un capricho, derecho á ese loco para..... para decir ?..... ¡No! ¡no! no puedo creerlo.

—Pero..... en resumidas cuentas..... ¿qué peligro es ese que me amenaza? preguntó Oliva con ansiedad.

—Voy á decíroslo: tenemos que habérnoslas con un loco, ó sea con un hombre que ni teme ni debe: por lo tanto, si no se tratase mas que del regalo de una rosa y de haberle dado á besar la mano, eso nada importaria; una Reyna tiene millones de rosas en su parque, y puede dar á besar sus manos á todos sus súbditos; eso, repito que no valdria la pena; pero si fuese verdad que en la tercera entrevista..... ¡Ah! ¡querida mia! cuando pienso en ello os aseguro que se me quitan las ganas de reír.

—Pues ¿qué es lo que podria sa-

cedernos? exclamó Oliva castañeteando de miedo los dientes.

— ¡Ahí es nada! Supongo, amiga mía, que ya sabreis que no sois la Reyna.

— Ya lo creo.

— Y ya supondreis tambien que habiendo usurpado el nombre á S. M. para cometer una..... una ligereza de género.....

— ¿Qué?

— Que eso se llama delito de *lesa magestad*, y que con la tal palabra se puede hacer mucho aire á cualquiera.

Oliva ocultó la cabeza entre las manos.

— Pero, en fin, continuó Juana; puesto que vos no habeis hecho tanto como el loco dice, con probarlo estais libre. A lo sumo os impondrán entonces tres ó cuatro años de prision por las dos ligerezas mencionadas, destierro perpétuo ó cosa tal, y negocio concluido.

-- ¡Prision! ¡destierro! exclamó Oliva asustada.

— ¡Bah! no os asustéis, el mal no es irreparable; yo por mi voy á tomar mis precauciones y á ponerme á cubierto.

— ¡Cómo! exclamó Oliva; ¿temeis vos tambien que os molesten por eso.

— ¿Pues no? ¿podeis presumir que dejará de denunciarme ese insensato? ¡Ah! pobre amiga mia: ¡nos hemos metido en una broma que puede costarnos cara!

— ¡Bien empleado me está, dijo Oliva llorando, bien empleado me está, puesto que no puedo estar me quieta ni un momento! ¡No parece sino que estoy dada al demonio! ¡qué fatalidad, qué afán el mio por no estar me ni un instante quieta! ¿Estais viendo lo que nos sucede? ¡Pues bien apostaria cualquier cosa á que si me veo libre de este conflicto, me meteré en seguida en

otro !

—No os desesperéis, amiga mia, porque eso á nada conduce; lo que es preciso ante todo es evitar el golpe.

—¡Oh! Ahora mismo voy á encerrarme en casa de mi protector, y á meterme siete estados bajo de tierra: casi, casi, estoy tentada por contarle cuanto me sucede.

—¿Estais loca? ; Con qué cara vais á decir á un hombre que os está halagando y ocultándoos su amor, y el cual tan solo aguarda una palabra vuestra para declararse, que habeis cometido con otro semejante imprudencia! Y reparad, querida Oliva, en que no es lo probable que la califique de este modo, sino que mas bien sospechará....

—¡Dios mio, teneis razon!

—Y aun hay mas: como no puede menos de suceder que los rumores de esa aventura se esparzan por ahí, las indagaciones de los magis-

trados despertarán naturalmente los escrúpulos de vuestro protector y entonces, ¿quién sabe si se decidirá á entregaros á la justicia, á trueque de congraciarse con la corte?

— ¡Oh!

— Pero aun suponiendo que se limite á echaros únicamente de su casa, ¿qué va á ser de vos, amiga mia?

— ¡Ah! quedaria perdida sin remedio.

— Luego, cuando llegue á noticia de monsieur de Beausire todo esto... añadió lentamente Juana, estudiando el efecto que producía en su interlocutora esta última razon.

Oliva dió un brinco al oirla, y de un golpe violento demolió el edificio de su peinado.

— ¡Oh! exclamó asustada; ¡si Beausire llegara á saberlo me mataria! ¡no, no! prefiero darme la muerte por mis propias manos.

Luego, volviéndose hácia Juana

na con ademan suplicante, añadió:

—Vos no podeis salvarme, porque vos tambien estais comprometida. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

— Con todo, repuso Juana; yo poseo en lo mas apartado de la Picardía un rinconcillo de tierra, y si nos fuera posible conduciros alli sin que os viera nadie, quizás seria un refugio seguro.

— Pero ¿no calculais que ese loco os conoce, y que en encontrándoos por ahí os denunciara?

— ¡Oh! una vez que os hallárais vos fuera de aqui, en paraje oculto y punto menos que segura de no ser hallada, poco miedo tendria yo de ese loco. Si llevara su insolencia hasta el extremo de delatarme, le diria en público: «Caballero, sois un insensato en aventurar semejantes acusaciones; probadlas.» Esto le seria imposible. Despues, cuando pudiera verlo á solas, añadiría:

«Caballero, sois un cobarde.»

—Estoy dispuesta á partir cuando gustéis y de la manera que querais, dijo Oliva.

—Creo que es el partido mas prudente, repuso Juana.

—¿Opinais que me marche ahora mismo?

—No; aguardad á que prepare antes las cosas de modo que obtenamos un buen éxito. Entretanto ocultaos; no os mostreis á nadie, ni aun á mí misma, y disfrazaos de manera que no os reconozcais al miraros al espejo.

—Perded cuidado, amiga mia; ejecutaré vuestras insinuaciones al pie de la letra.

—Muy bien; empecemos por regresar á nuestras respectivas casas, puesto que nada tenemos ya que decirnos.

—Regresemos cuando querais. ¿Y cuánto tiempo necesitáis para los preparativos?

—No lo sé, pero tened cuidado con lo que voy á deciros: hasta el dia de la marcha no volveré á asomarme á la ventana: de consiguiente, cuando me veais en ella; procurad estar prevenida para de un momento á otro.

Y asi diciendo, regresaron lentamente hácia la calle de San Claudio, Oliva sin hablar ni una palabra, y Juana meditando profundamente para hablar á Oliva.

Asi que llegaron á casa de esta, abrazáronse ambas, y la amante de Beausire pidió mil perdones á su amiga por las desgracias que le habia acarreado su aturdimiento.

—Soy muger, replicó Mad. de La Motte parodiando al poeta latino, y por lo tanto me hallo familiarizada con todas las debilidades de mi sexo.

LA FUGA.

Oliva y Juana cumplieron religiosamente sus respectivas promesas.

Nicolasa por su parte disimuló tan bien su existencia á los ojos de todo el mundo, que desde el día siguiente á la entrevista que acabamos de referir nadie hubiera podido sospechar que habitaba en la casa de la calle de San Claudio.

Todo el día lo pasaba oculta de-

trás de las cortinas de un balcon acechando las ventanas de Juana, sin que los rayos del sol fueran suficientes á retraerla de su vigilancia perenne.

Juana, que se ocupaba á la sazón en los preparativos del viaje, sabiendo que el primer plazo de 500,000 libras vencía á la mañana siguiente, arreglaba las cosas de modo que no quedase ningun lado descubierto para el instante en que debía estallar la bomba.

El término de sus observaciones era aquel instante terrible.

Habia calculado prudentemente la alternativa de su fuga, que era fácil, pero de la cual resultaría tambien una acusacion mas positiva, y en esta atención resolvió aguardar inmóvil, como un duelista, los golpes de su adversario: permanecer en su puesto, á riesgo de sucumbir, mas con la probabilidad de matar á su enemigo, tal fue la últi-

ma determinacion de la condesa.

Asi es que á la mañana siguiente de su entrevista con Oliva, se asomó á cosa de las dos de la tarde á la ventana, é indicó á la supuesta Reyna que estuviese prevenida para emprender el viaje aquella misma noche.

Imposible seria describir el gozo y el terror que la indicacion de la condesa produjo en Oliva, para quien la necesidad de huir significaba peligro, y salvacion la posibilidad de fugarse; limitarémosnos por lo tanto á decir que envió á Juana un elocuente beso, y que se ocupó en seguida con una rapidez asombrosa en hacer los preparativos para el viaje, teniendo cuidado de meter en la maleta algunos efectos preciosos de los muchos que debia á su protector.

Juana salió de casa, despues de haber hecho á Oliva la mencionada

señal, con el objeto de encontrar un carruaje apropiado para confiarse el destino de la señorita Nicolasa.

Después de todo esto ni el mas ligero indicio sucedió que pudiese servir al observador mas lince para sorprender la inteligencia de las dos amigas; las cortinas de sus respectivas ventanas quedaron ajustadas tan perfectamente, que solo se descubria al través de ellas de vez en cuando una luz errante.

En el momento mismo en que Juana llegaba con una silla de posta tirada por tres vigorosos caballos á la calle de San Luis, el reloj de San Pablo daba las once de la noche, y el viento encajonado por el rio conducia el sonido lúgubre de las campanadas hasta la calle de San Claudio.

En el pescante de aquella silla de posta habia un hombre embozado en una capa, el cual indicaba las señas al postillon.

Juana tiró ligeramente de la capa al hombre del pescante, y le hizo detenerse al extremo de la calle del Rey dorado.

El hombre se acercó á hablar con la condesa, y esta le dijo:

—Aquí puede quedarse la silla, mi querido Reteaux: dentro de media hora vendrá conmigo una persona, que montará en el carruaje, á la cual hareis conducir, pagando los postillones á peso de oro, á mi posesion de Amiens.

—Bien está, señora condesa.

—Asi que llegueis á la posesion confiareis el cuidado de esa persona á mi arrendador Fontaine, el cual tiene ya las correspondientes instrucciones.

—Vuestras órdenes serán ejecutadas fielmente.

—¡Ah! Se me olvidaba preguntaros, mi querido Reteaux, si traeis armas.

—Las traigo, señora condesa.

—Bien; debo advertiros para vuestro gobierno que la persona que vais á conducir se ve perseguida por un loco..... y nada de extraño tendria que quisieran arrastrarla en el camino.....

—¿Qué haré si tal sucede?

—Hacer fuego sobre cualquiera que trate de impedir vuestra marcha.

—Está muy bien.

—En lugar de los veinte luises de gratificacion que me habeis pedido por aquello que sabeis, os daré ciento, y os pagaré ademas el viaje á Lóndres, adonde iré á reunirme con vos antes de tres meses.

—Muy bien, señora condesa.

—Ahí teneis los cien luises. Es muy probable que no nos veamos ya, porque la prudencia exige que os apresureis á llegar cuanto antes á Saint-Valery, donde os embarcareis sin perder un momento para

Inglaterra.

—Así lo haré, descuidad.

—Os lo digo por vuestro propio bien.

—Por bien de los dos, señora condesa, dijo Mr. Reteaux besándola la mano: de consiguiente aquí espero.

—Y yo voy ahora mismo á mandar la persona á quien debeis conducir.

Reteaux entró en la silla de posta y se colocó en el sitio que ocupaba Juana, la cual se dirigió corriendo á la calle de San Claudio, y subió á su habitacion.

En aquel barrio reinaba á la sazón el mas profundo silencio. Juana encendió una luz por su propia mano, y la levantó á la altura de la ventana: sin duda era esta la señal convenida para que Oliva bajase.

—Vamos, es muger de precaucion.

Poco despues alzó otras dos ó tres veces la luz, y sin embargo, las ventanas de Nicolasa permanecian mudas: parecióle empero que habia llegado á sus oídos un suspiro imperceptible, un sí lanzado tímidamente al aire, y Juana pensó entonces que Oliva habia resuelto bajar sin encender luz alguna.

—Muy bien, dijo para sí Mad. de La Motte; no me parece del todo mal esa precaucion.

Y asi diciendo, echó á andar hacia la calle.

La puerta de la casa de Oliva permanecia cerrada, y la condesa, atribuyéndolo á que aquella se habia retardado por cargar con algunos lios pesados ó voluminosos, exclamó impaciente:

—¡Habrás visto necia igual! ¡perder asi el tiempo por venir cargada de pingajos!!

Y viendo que la puerta no se abria, fue á colocarse en el diintel

de la de enfrente.

Poco despues se acercó á la de casa del conde Cagliostro, y aplicando el oido á la cerradura, estuvo escuchando si se oia algun ruido.

Pasado un cuarto de hora de este modo, y habiendo dado el reloj las once y media, Juana se apartó hácia el boulevard, con el objeto de ver si habia luz en las ventanas, y creyendo notar por entre las hojas de los árboles que se percibia una luz suave de vez en cuando al través de las cortinas, exclamó con rabia:

— ¡Pero, qué estará haciendo esa muger, Dios mio! ¡en qué demonios se entretendrá esa miserable!.. A no ser que no haya visto la señal!.... Lo mejor será que volvamos á hacérsela por si acaso.

—Y volvió á subir á su habitacion, desde la cual hizo jugar otra vez el telégrafo de las luces.

Ningua señal, empero, respondió á las suyas.

—Por fuerza que esta maldita muger se ha puesto mala, y se halla imposibilitada de moverse; dijo desgarrando la guarnicion de las boca-mangas. ¡Oh! ¡pero aun cuando asi sea, viva ó muerta tendrá que partir esta noche!

Bajó en seguida á la calle como una leona, llevando en la mano la llave, con auxilio de la cual habia dado libertad á Nicolasa tantas noches, y se detuvo antes de introducir la por la cerradura, diciendo para sí:

— ¿Habrá alguno con ella en su cuarto?

¡Imposible! exclamó prosiguiendo su monólogo: si asi fuese, oiria yo el rumor de sus palabras. Mejor será que me decida á subir á su cuarto..... Pero ¿y si encontrase á alguno en la escalera?.... ¡Oh!

Y ante suposicion tan peligro-

sa estuvo á punto de desistir de ese intento.

Pero el ruido sonoro producido por el manoteo de los caballos en la caballeriza, la decidió á llevar á cabo su primera intencion.

— Sin peligro, exclamó para sí resueltamente, nada hay que sea grande. Con audacia jamás hay peligro.

Y diciendo y haciendo dió una vuelta á la llave, y abrió la puerta.

Juana conocia la distribucion de la casa, porque habia tenido cuidado de enterarse con escrupulosidad las noches que habia ido en busca de Oliva para sacarla á paseo; pero de lo contrario su perspicaz instinto se la hubiera revelado.

Recordando, pues que la escalera se hallaba á la izquierda, Mad. de La Motte echó á andar en esta direccion.

Ni el menor ruido, ni el mas débil rayo de luz vinieron á detenerla

en su marcha , que continuó intrepidamente hasta llegar á la puerta de la habitacion de Oliva.

Entonces fué cuando notó una raya luminosa por debajo de la puerta , y cuando llegó á su oido el ruido de precipitados pasos.

Juana , cuya respiracion se hallaba agitaba por la fatiga y el miedo , la sofocó como pudo y se puso á escuchar. Congeturando de allí á poco que Oliva debia estar sola , puesto que no la oia hablar con nadie se decidió á llamar ligeramente á la puerta algo mas tranquila , merced á la casi certidumbre de que la jóven no estaba enferma cuando se paseaba por el aposento.

— ¡ Oliva ! ¡ Oliva ! abrid ; soy yo , dijo repitiendo los golpes.

Los pasos que se oian en el cuarto de Oliva fueron acercándose hácia la alfombra.

— ¡ Vamos , amiga mia , abrid pronto ! prosiguió precipitadamente Juana.

Abrióse la puerta, y un diluvio de luz inundó el semblante de Mad. de La Motte, la cual se halló frente á frente con un hombre que traía en la mano un candelabro de tres brazos, y cuyo aspecto le arrancó un grito terrible, obligándola ademas á ocultar el rostro.

—¡Oliva! dijo el del candelabro; ¿no sois vos?

Y levantando suavemente el manton con que acababa de cubrirse Juana, añadió con una sorpresa admirablemente imitada al natural.

—¡Qué veo! ¡La señora condesa de La Motte!

—¡Mr. de Cagliostro! murmuró Juana vacilante y próxima á desfallecer.

Entre tantos peligros como habia previsto Mad. de La Motte, jamás se le habia pasado por la imaginacion el que le ocurría en aquel momento. A primera vista tal vez no calificó de tal su encuentro con el

conde; pero reflexionando un poco, y al observar el aspecto sombrío y profundo disimulo del hombre que tenia delante de sí, no pudo menos de persuadirse de que corria un riesgo tan espantoso, que retrocedió asustada, y hasta tuvo intenciones de precipitarse por la escalera abajo.

¿A qué debo la honra de vuestra visita, señora condesa? preguntó Cagliostro con reposada voz, y alargándole cortesmente la mano en ademán de invitarla á que tomara asiento.

— Venia, caballero..... buscaba... balbuceó la intrigante sin acertar á separar sus ojos de los del conde.

— Permitidme, señora, que tire de ese cordon con el objeto de castigar á aquellos de mis criados que han cometido la torpeza y la grosería de dejar presentarse sola á una muger de vuestro rango.

Juana se estremeció y detuvo la mano del conde.

— Es indispensable que para llegar hasta aquí, prosiguió Cagliostro, hayais tropezado con el tunante de de mi aleman, que acostumbra á embriagarse algunas veces. Probablemente habrá abierto la puerta sin decir ni hacer nada, y luego habrá vuelto á dormirse como un tronco.

— Hacedme el favor de no reprenderle, caballero, repuso Juana con mas libertad, sin sospechar siquiera el lazo que le tendian.

— ¡Ah, bien lo presumia yo! ¿No es verdad, señora, que ha sido él quien ha abierto?

— Creo que sí..... Pero no olvidéis que me habeis prometido no regañarle.

— Cumpliré mi promesa, repuso el conde sonriendo: Ahora, condesa, dignaos decirme, si gustais, el objeto de vuestra visita.

Juana, á quien las palabras del conde persuadieron de que este no

sospechaba la manera de que se habia valido para entrar en su casa, creyó que podia mentir a su gusto, y lo hizo á las mil maravillas.

—Vengo, señor conde, contestó sin vacilar, á consultaros sobre ciertos rumores que circulan en boca de las gentes.

—¡Rumores! exclamó Cagliostro; ¿teneis la bondad de decirme los?

—Dignaos dejarme que tome aliento, replicó Juana con gazmoñería: el asunto de que os voy á hablar es delicadísimo.....

—¡Busca! busca! dijo para sí Cagliostro; yo por mi parte ya he encontrado.

—Sé que sois un amigo íntimo de S. E. el señor Cardenal de Rohan, prosiguió Juana.

—¡Ah! ¡ah! pensó el conde; ¡no miente del todo mal! pero diste con la horma de tu zapato; hasta el cabo del hilo que tengo yo; corre de

mi cuenta el que no vayas mas lejos.

—En efecto, condesa, añadió en voz alta; estoy en muy buenas relaciones con S. E.

—Pues bien; como os decia antes, continuó Juana, vengo á pedir os informes.....

—¿Sobre qué? preguntó Cagliostro con imperceptible acento de ironía.

—Ya os he dicho, caballero, que mi posicion es muy delicada; no abuseis, pues, de ella. Creo que no ignorais que el Cardenal me manifiesta algun cariño, y quisiera saber hasta qué punto puedo contar..... En una palabra, caballero; dicen por ahí que leéis en las tinieblas mas densas del espíritu y de los corazones, y.....

—Espresaos con alguna mas claridad, señora, para que pueda yo leer mas fácilmente en las tinieblas de vuestro corazon y de vuestro es-

píritu.

— Dícese, señor conde, que su Eminencia ha puesto su amor en otro objeto, y que este se halla tan elevado..... que hasta hay quien asegura.....

A esta sazón lanzó Cagliostro sobre Juana una mirada tan penetrante, que Mad. de La Motte estuvo á punto de dejarse caer hácia atrás trastornada por su brillo.

—En efecto, señora, repuso el conde, tengo el don de leer en las tinieblas; mas para ello necesito que me auxilién. De consiguiente, si deseáis saber algo, dignaos responderme primero á estas preguntas:

— ¿Cómo habeis venido á buscarme aquí, sabiendo que no era esta la casa donde vivo?

Juana se estremeció.

¿Cómo habeis entrado? porque el suizo que suele embriagarse y los criados á quienes queria castigar hace un momento, no existen. Y si

no era á mí, á quién veníais á ver, ¿ á qué otra persona buscábais? ¿No respondéis? preguntó á la trémula Mad. de La Motte. Bien está; voy á tomarme yo el trabajo de acudir en auxilio de vuestra inteligencia. Primero os diré que habeis entrado con una llave, que debeis tenerla aun en el bolsillo: hédla aqui. En seguida os recordaré que veniais en busca de una jóven, á quien por pura bondad habia yo dado albergue en mi casa.

Juana empezó á vacilar como un árbol desarraigado.

—Y aun cuando así fuese... dijo al conde en voz baja, ¿habria cometido en ello por ventura algun crimen? ¿Acaso no le está permitido á una muger el visitar á otra? Examinad á Oliva, si gustais; llamadla, interrogadla, y ella os dirá si nuestra amistad es de aquellas que deben ocultarse á la faz del mundo...

—Demasiado sabeis vos, dijo Cagliostro interrumpiendo á la condesa, que Oliva no se halla ya aqui: por eso me instais á que la llame y á que la examine.

— ¡Que no está aqui! exclamó Juana llena de espanto: ¿habeis dicho, señor conde, que ya no se halla Oliva en esta casa?

— ¡Oh! Pretenderiais, acaso, hacerme creer que ignorais su ausencia, cuando vos misma habeis contribuido á su rapto?

— ¡Yo! ¡contribuir yo al rapto de Oliva! exclamó Juana, volviendo á cobrar nueva esperanza. ¿Os han robado á esa jóven y me acusais á mí de ello?

—Hago mas, dijo Cagliostro; voy á convencerlos.

—Veamos cómo; repuso la condesa con el mayor descaro.

Cagliostro cogió un papel de encima de una mesa, y se lo mostró á Juana.

«Mi generoso protector (decia el
 »billete dirigido á Cagliostro) dignaos
 »perdonarme el que os abandone;
 »pero ya sabeis mi pasion á Mr. de
 »Beausire; ha venido aqui, se em-
 »peña en que me marche con él,
 »y yo no he podido menos de se-
 »guirle. Pasadlo bien, señor con-
 »de, y no dudeis de mi grati-
 »tud.»

— ¡Beausire!.... exclamó Juana petrificada: Beausire..... que igno-
 raba el paradero de Oliva!

— ¡Oh, á mí con esa! replicó el conde, mostrando otro papel que sacó de su bolsillo: tomad, señora condesa; leed esos renglones que me he encontrado en la escalera al venir á hacer á Oliva mi visita cotidiana. Este papel ha debido caersele sin duda á M. Beausire.

La condesa leyó en voz temblorosa lo que sigue:

«M. de Beausire encontrará á

»Oliva en la calle de San Claudio, al
»estremo del boulevard. Una ami-
»ga muy sincera le aconseja que la
»saque de alli cuanto antes. Ya'es
»tiempo.»

— ¡Oh! exclamó con rabia Mad.
de La Motte desgarrando el pa-
pel.

—M. Beausire, dijo friamente Ca-
gliostro, ha seguido al pie de la le-
tra el consejo.

—Pero ¿quién ha escrito ese bi-
llete? preguntó Juana.

—Segun todas las apariencias na-
die mas que vos, señora; vos, que
tan sincera amiga sois de Oliva.

—Y M. de Beausire, ¿de qué me-
dio se ha valido para llegar aqui?
exclamó Juana, mirando con ade-
man colérico á su impasible inter-
locutor.

—¿Tan difícil es eso teniendo
vos una llave? dijo Cagliostro á
Juana.

—Pero si la tengo yo, señal es de

que no podia entrar con ella M. de Beausire.

— ¡Bah! Con una nada hay mas sencillo que hacer otra, replicó Cagliostro, mirando frente á frente á la condesa.

— ¡Oh! respondió lentamente Juana; veo, señor conde, que vos tenias datos convincentes, mientras que yo solo puedo limitarme á sospechas.

— Tambien las tengo yo, señora, y quizás mayores que las vuestras, repuso el conde, despidiendo con un gesto casi imperceptible á Juana, la cual puso el pie en el primer peldaño.

Mas aquella misma escalera que poco antes se hallaba enteramente desierta y sombría, la encontró á su descenso llena de luces, conducidas por mas de veinte lacayos, á presencia de los cuales la llamó Cagliostro una porcion de veces en voz alta, La señora condesa de

La Motte.

Juana salió de la casa del conde respirando furor y venganza, como respira el basilisco llamas y veneno.

LA CARTA Y EL RECIBO.

El dia siguiente al en que ocurrieron los sucesos que acabamos de referir, era el plazo que la misma Reyna habia fijado para el pago de los joyeros Boehemer y Bosange, quienes guardando la circunspeccion que se les recomendaba en la misiva de S. M., decidieron esperar en su casa el envio de las quinientas mil libras.

Como el ingreso de tan importante suma es para todos los comerciantes, por ricos que sean, un negocio de los mas graves, nuestros asociados prepararon un recibo, cuya escritura fue encomendada al mejor pendolista de los dependientes.

Aquel documento, sin embargo, fue enteramente inútil, puesto que nadie se presentó á cambiarlo por las quinientas mil libras. Los joyeros pasaron las primeras horas de la noche en una ansiedad cruel aguardando la llegada de un mensajero, que quizás hubieran considerado ya como inverosímil, á no tener en cuenta las ideas extraordinarias de la Reyna, y la necesidad en que esta se hallaba de obrar en todo lo concerniente á aquel asunto con el mayor sigilo. Asi pues, abrigaron por algun tiempo la confianza de que aquel correo no llegaria hasta despues de media noche.

Pero la aurora del siguiente día disipó las ilusiones de Bœhemer y Bossange, quienes resolviendo por unanimidad dirigirse á la corte, lo pusieron al punto por obra, tomando un carruaje de alquiler que los condujo á las puertas del palacio de Versailles.

Bœhemer penetró en el régio alcázar dejando á su compañero en el coche, y solicitó permiso para ver á la Reyna. Respondiéronle que no habia lugar, á menos que no presentase carta de audiencia: el joyero, inquieto y sorprendido con esta contestacion, puso en juego todos los recursos, insistió tenazmente, y como habia tenido la precaucion de regalar de vez en cuando en las antecámaras alguna que otra alhaja pudo conseguir que le protegieran permitiéndole colocarse al paso de S. M. para cuando regresase de su paseo al Trianon.

Efectivamente, María Antonieta,

conmovida aun á consecuencia de aquella entrevista con Charny, en la cual se habia declarado amante sin pasar á ser querida, regresaba con el corazon rebosando júbilo, y al ver el semblante contrito al par que respetuoso de Bœhemer, le dirigió una sonrisa, que interpretó el joyero á su favor, y merced á la cual se atrevió á pedir una audiencia, que la Reyna le otorgó señalándole las dos de la tarde.

Bœhemer fue á comunicar esta nueva feliz á su compañero, que, como hemos dicho, le aguardaba en el coche, por no haberse querido presentar á María Antonieta con la cara entrapada á causa de una fluxion.

—No cabe duda alguna, se dijeron recíprocamente ambos sócios, comentando las palabras y hasta los gestos de la Reyna, en que S. M. tiene actualmente en la gabeta la suma que tal vez no podria reunir

ayer: el aplazar nuestra audiencia para las dos, habrá sido probablemente porque hasta esa hora no podrá recibirnos sin testigos.

Y á semejanza de los dos compañeros de la fábula, procedieron en seguida á consultar entre sí. ¿Les darian la cantidad en billetes, en plata ó en oro?

A las dos en punto Pœhemer se hallaba en su puesto, y fue introducido en el tocador de S. M.

— ¿Qué os trae de nuevo por aqui, señor Bœhemer? le preguntó María Antonieta así que lo vió entrar por la puerta de la estancia: ¿venís á hablarme de joyería? preciso es confesar que os hallais en un periodo de mala suerte.

Bœhemer presumió que habria alguien oculto en la régia cámara, y que S. M. tenia miedo de ser oida. En esta persuacion se revistió de un ademan de inteligencia, y contestó mirando en torno

suyo:

—Sí, señora.

—¿Y qué es lo que quereis? preguntó la Reyna sorprendida; ¿venís á confiarme algun secreto?

Turbado Bøehemer por aquel profundo disimulo, no respondió palabra.

—Vainos, ya comprendo, prosiguió la Reyna: traeis el mismo secreto de siempre: alguna nueva joya magnífica, incomparable que vender, ¿no es así? ¡oh! deponed ese miedo: no hay nadie que pueda escucharnos.

—En tal caso.... murmuró Bøehemer.

—¿Qué?

—Bien puedo decir á V. M....

—Vamos, hablad, mi querido Bøehemer.

—Puedo decir á V. M., prosiguió el joyero acercándose á la Reyna con una amable sonrisa, que sin duda se olvidó ayer de nosotros.

Y al pronunciar estas palabras, el bueno de Bøehemer mostraba dos filas de dientes un si es no es amarillentos, pero risueños en grado superlativo.

—¡Que me he olvidado! exclamó la Reyna sorprendida: ¿de qué?

—De que ayer.... era el plazo...

—¿Qué plazo....

—¡Oh! perdóneme V. M. si he cometido una indiscrecion en venir... tal vez no habreis encontrado medios.... y aun cuando para nosotros seria una desgracia, con todo....

—Debo deciros, amigo Bøehemer, que no entiendo ni una palabra de cuanto estais diciendo. Explicaos con mas claridad si quereis que os comprenda.

—Vamos, V. M. se ha olvidado sin duda.... lo cual nada tiene de extraño, teniendo tantos objetos que deban llamar su atencion.

—¡Otra vez! ¿pero acabareis de decirme de qué me he olvidado?

—De que ayer vencía el primer plazo del collar, dijo tímidamente Bœhemer.

—¡ Ah! ¿ con que lo habeis vendido? preguntó la Reyna.

—Señora.... dijo Bœhemer mirándola asombrado, paréceme que sí.

—¿ Y tal vez no os paga el comprador, mi pobre Bœhemer? sería una lástima; ¡ bien pudiera la persona á quien se le habeis vendido imitar mi ejemplo!... preciso será, pues, que si no puede pagaros la alhaja, os la devuelva dejándoos alguna cosa por via de indemnización.

—¿ Qué decís, señora?... balbuceó el joyero, aturdido ¿ habré entendido mal á V. M.?

—Digo, mi pobre Bœhemer, que si tuviérais diez compradores que os devolvieran el collar, dejándoos por via de propina doscientas mil libras, como yo lo he hecho, reuniríais la suma de dos millones, y á mas á

mas conservaríais la alhaja.

— ¡Cómo!... exclamó Bøhemer con la frente bañada en sudor; ¿ha dicho V. M. que nos ha devuelto la alhaja.

— Justamente, repuso la Reyna con tranquilidad: ¿qué teneis?

— ¿Con que niega V. M. haberme comprado el collar? insistió Bøhemer.

— Pero qué comedia es esta? repuso la Reyna con severo semblante. ¿Se hallará destinada, por ventura, esa alhaja á traer constantemente trastornada la cabeza de alguno?

— Pido mil perdones á V. M., replicó Bøhemer temblando como un azogado, pero he creído oír de sus labios augustos la palabra *devuelto*. V. M., si no me equivoco, ha dicho que nos habia devuelto el collar de diamantes.

La Reyna se cruzó de brazos, y se puso á mirar á Bøhemer, diciéndole con acritud:

— Per fortuna tengo ahí un remedio para refrescaros la memoria, Sr. Bøhemer; y á fé que sois un hombre bien olvidadizo.... por no decir otra cosa peor.

Y dirigiéndose en seguida á su escritorio, sacó de una gabeta un papel, cuyos renglones recorrió con ligereza, y el cual alargó con lentitud al desgraciado joyero, diciéndole:

— Paréceme que el estilo es bastante claro; tomad y leed.

La Reyna fue á sentarse en un sillón para contemplar mas á su gusto el semblante de Bøhemer, cuyo rostro denotaba conforme iba leyendo primero la mas completa incredulidad, y luego el espanto mas terrible.

— ¡Vamos! supongo que reconocéis ese recibo, que tan esplicitamente atestigua que el collar ha vuelto á vuestro poder; y á menos que no hayais olvidado tambien que os

llamais Bœhemer....

— Pero.... advierta V. M., exclamó el joyero ahogándose de terror y rabia á la vez, que no soy yo quien ha firmado ese recibo.

— ¡Cómo! ¿os atreveríais á negarlo! repuso la Reyna lanzando sobre Bœhemer miradas fulminantes.

— ¡Pues no lo he de negar!.... Aunque tuviera que perder por ello la libertad, aun cuan lo arriesgara la vida misma, diré ahora y siempre que el collar no ha vuelto á mis manos, y que yo no he firmado ese recibo. ¡Hubiera aquí un tajo y amenazara el verdugo mi cuello, lo repetiría cien veces!... No, señora, no; ese recibo no es mio.

— Entonces, Sr. Bœhemer, dijo la Reyna palideciendo, venís á decirme en buenas palabras que yo os he robado. ¿Con que, segun eso, tengo yo vuestro collar?

Bœhemer registró su cartera, y sacando de ella una carta, la alar-

gó á vez á la Reyna, diciéndole con acento respetuoso, aunque algun tanto alterado por la emocion:

—No puedo creer, señora, que si V. M. me hubiese devuelto el collar de diamantes, habria escrito esta declaracion.

— ¡Cómo! ¿qué papelucho es este? exclamó la Reyna; ¡yo no he escrito esto. ¿Es esta mi letra acaso?

—Dignaos, señora, reparar en la firma, insistió Bøhemer pulverizado.

—María Antonieta de Francia.... ¿Estais loco? ¿Soy yo de Francia acaso? ¿He perdido ya por ventura mi título de archiduquesa de Austria? ¿No considerais un absurdo el que escribiera yo semejante cosa? Vamos, vamos, Sr Bøhemer, ese lazo es demasiado grosero: id á decírselo asi de mi parte á vuestros falsificadores.

— ¡A mis falsificadores?.... balbuceó el joyero, próximo á desfallecer, al oír estas palabras. ¡Abriga V. M. sospechas contra mí... contra un Boehemer?

— Cuando vos las manifestais contra nuestra persona..... repuso con altivez María Antonieta.

— ¡Pero esa carta!.... objetó el joyero señalando el papel que conservaba la Reyna en sus manos.

— Pero ¡y ese recibo! replicó la Reyna indicando á Boehemer el que este tenia en las suyas.

El pobre joyero se vió precisado á apoyarse en un sillón, porque el piso y el techo daban vueltas en torno suyo: el infeliz Boehemer aspiraba con un agitado aliento, y á la lívida palidez del dèsmayo habia sucedido en su semblante el purpurino color de la apoplejía.

— Devolvedme mi recibo, dijo la Reyna, porque lo tengo por bueno: ahí teneis la carta que lleva la

firma de *Antonietta de Francia*: el procurador del Rey os dirá lo que semejante papel vale.

Y tirándole el billete, después de haberle arrancado de las manos el recibo, le volvió la espalda y se dirigió á un aposento inmediato, dejando abandonado á sus tristes reflexiones á aquel infeliz, cuyas ideas estaban ofuscadas, y que contratadas las reglas de la etiqueta se dejó caer exánime sobre un sillón.

Trascurridos, empero, algunos minutos, los cuales le sirvieron para reponerse, se lanzó como un frenético fuera de la régia cámara, dirigiéndose en busca de Bossange, á quien refirió la aventura en términos que casi llegó este á sospechar si estaría demente su consocio.

Böehemer, sin embargo, repitió tan bien y tantas veces su relación, que Bossange empezó á arrancar los cabellos de su peluca, mientras que aquel se mesaba los

propios, lo cual proporcionó á los transeuntes que miraban hácia el interior del carruaje el espectáculo mas doloroso y el mas cómico á la vez.

Esto no obstante, como no era fácil pasar un dia entero dentro de un coche, como despues de arrancar el pelo propio ó el de una peluca, se tropieza con el cráneo, y como debajo del cráneo están ó deben estar las ideas, ocurrióles á los dos joyeros la de reunirse para forzar, si estaba en la posibilidad humana, la puerta de la cámara de la Reyna, y obtener de S. M. cualquier cosa que se pareciese á una esplicacion.

A este propósito dirigianse hácia el palacio en el estado mas lamentable, cuando de improviso salieron á su encuentro dos empleados de la servidumbre de la Reyna, los cuales habian recibido orden de S. M. para conducir á su presencia á cual-

quiera de los dos consócios.

¡Dejamos á la consideracion del lector el adivinar cuál seria el gozo de los joyeros al recibir esta órden, y la prisa que se darian en obedecerla!

Ambos fueron introducidos en la cámara de S. M. sin la menor demora.

REY NO PUEDO; PRÍNCIPE NO QUIERO,
PUES ROHAN ME QUEDO (*).

La Reyna aguardaba la llegada de los joyeros con la mayor impaciencia: así es que cuando los vió entrar por la puerta de su cámara, exclamó vivamente:

(1) *Roi ne puis, Prince ne daig-ne, Rohan je suis.* Lema de los blasones de la casa de Rohan, descendiente de la de Condé.

—¡ Ah ! ¡ ya tenemos aquí á Mr. Bossange ! ¿ habeis ido á buscar refuerzo , Mr. Bøehemer ?

El pobre Bøehemer tenia tanto en qué pensar que no halló nada que decir , de consiguiente apeló al mejor partido que debe tomarse en tales casos , esto es , á espresarse por medio de ademanes.

El joyero por tanto se postró á los pies de María Antonieta , y su gesto era de los mas espresivos.

Bossange imitó el ademán de su consócio.

—Señores , les dijo la Reyna , he recobrado mi calma , y formado el firme propósito de no volver á irritarme. Háseme ocurrido una idea que modifica completamente mis sentimientos respecto de vosotros , y en virtud de ella no me cabe ninguna duda de que los tres somos víctimas de un misterio.... que ya ha dejado de serlo para mí.

—¡ Ah ! ¡ señora ! exclamó Bøehemer.

mer entusiasmado con las palabras que acababa de pronunciar la Reyna, ¿según eso ya no sospecha V. M. que nosotros seamos.... unos.... ¡oh! ¡la palabra falsificadores es para mí muy dura de pronunciar!

También es para mí muy duro el escucharla; podéis creerlo así; al presente ya no sospecho de vosotros.

—¿En tal caso recaerán sobre otra persona las sospechas de V. M.?

—Hacedme el obsequio de contestar á todas mis preguntas. ¿Decís que no están en vuestro poder los diamantes?

—No, señora, respondieron á una voz los joyeros.

—Muy bien; como es de poca importancia y tan solo concerniente á mí el saber la persona á quien fié yo el encargo de que os devolviera la alhaja, no hablemos ahora de eso. Pero decidme, ¿no habeis visto.... á la señora condesa de La Motte?

—Sí tal.

—¿Y no os ha entregado nada... de mi parte?

—Absolutamente nada; lo único que nos dijo la señora condesa, fue que *aguardáramos*.

—Pues entonces, ¿quién os entregó esa carta mía?

—Esta carta que V. M. acaba de tener en sus manos, replicó Bøhemer, nos la trajo por la noche un mensajero desconocido.

Y mostraba la carta á María Antonieta.

—¡Ah, ah! exclamó la Reyna; ya estais viendo como no procedia directamente de mí.

María Antonieta llamó, y al punto se presentó un lacayo.

—Que manden á buscar á la señora condesa de La Motte, dijo la Reyna con la mayor tranquilidad.

Luego, dirigiéndose á Bøhemer y Bossange, prosiguió con la misma

calma :

—¿Y á nadie absolutamente habeis visto? ¿no habeis hablado con Mr. de Rohan?

—Con el príncipe de Rohan, sí, señora: su Eminencia vino á informarse....

—Muy bien, repuso la Reyna; no pasemos de ahí; hallándose mezclado Mr. de Rohan en este asunto no hay por qué afligirse. Al presente ya me parece que adivino lo que ha querido decir Mad. de La Motte con la palabra *esperad*: sin duda alguna.... Pero.... por mejor decir, ni adivino ni quiero adivinar nada... Limitome, pues, á aconsejaros que os avisteis con el señor Cardinal, y que conteis á su Eminencia lo que acabais de referirme: vamos, id sin perder tiempo, y decidle de mi parte que todo lo sé.

Reanimados los joyeros con este rayo de esperanza, cambiaron entre sí una mirada, la cual revelaba os-

tensiblemente que su terror habia disminuido.

Bossange, sin embargo, queriendo tal vez no pasar plaza de mero espectador en su entrevista con la Reyna, se aventuró á decir:

—Debo hacer presente á V. M., que queda en su poder un recibo falso, y que la falsificacion es un crimen.

—Convengo, replicó María Antonieta frunciendo el ceño, en que si realmente no habeis recibido el collar, este recibo seria un documento falsificado; pero para probar la falsificacion, es indispensable que yo os someta á un careo con la persona á quien comisioné para que os entregara los diamantes.

—Cuando V. M. guste, exclamó Beheimer; nosotros los bonrados comerciantes no tenemos por qué temer el que las cosas se pongan en claro.

—Entonces apresuraos á ir á bus-

car la luz cerca del Cardenal; él es el único que puede suministrar-nos alguna en todo esto.

— ¿Nos permitirá V. M. que ven-gamos á traerle la respuesta? pre-guntó Bøhemer.

— Antes que vosotros la sabré yo, y procuraré sacaros de ese atolla-dero, repuso la Reyna. Vamos, daos prisa á ir á casa del Carde-nal.

María Antonieta despidió con un ademan á los joyeros, y entregán-dose libremente á su inquietud así que salieron de la régia estancia, mandó correo tras correo á Mad. de La Motte.

Dejémosla, pues, con sus inves-tigaciones y con sus sospechas, y corramos en pos de los joyeros al esclarecimiento de una verdad tan deseada.

El Cardenal se hallaba á la sa-zon en su despacho, leyendo con una rabia imposible de describir un

billetito que le habia enviado Mad. de La Motte, diciéndole que era procedente de Versailles. Este billete se hallaba concebido en los términos mas duros y fuertes, y quitaba al príncipe hasta el último átomo de esperanza: intimábasele en él que no volviese á acordarse de la persona que le escribia, y se le prohibia ademas que pusiese los pies en Versailles de un modo familiar, concluyendo por apelar á su reconocida lealtad, y nobleza, para suplicarle que no intentase reanudar unas relaciones que habian llegado á ser imposibles.

El príncipe leyó y releyó cien veces estas palabras, que le hacian brincar de su asiento: contempló uno á uno los caractéres, y no separaba los ojos del papel, como si hubiera querido pedirle cuenta de las duras espresiones con que le abrumaba una mano severa.

— ¡ Ah ! ¡ coqueta ! ¡ ah ! ¡ caprichosa ! ¡ ah ! ¡ muger pérfida ! esclamaba desesperado ; yo me vengaré de tí.

Y así diciendo , acumulaba todas esas pobrezaas que sirven de algun consuelo á los corazones débiles en sus penas de amor , pero las cuales son insuficientes para curar el amor mismo.

— ¡ Hé aquí cuatro cartas que me escribe , proseguia diciendo el Cardenal , á cual mas tiránicas y á cual mas injustas ! ¡ Oh ! ¡ Con que es decir que todo esto no ha sido mas que un capricho !..... Y sin embargo , aun me sentiria capaz de perdonarle esta humillacion , con tal de que no me sacrificase á un capricho nuevo.

Y el infortunado príncipe releia con el fervor de la esperanza todos aquellos billetes que tenia estendidos delante de su vista , y cuyo rigor era un arco de una tirantez hor-

rible.

La última carta con especialidad era un modelo de barbarie que habia abierto una llaga profunda en el corazon del prelado, el cual amaba, sin embargo, tan intensamente que por un espíritu de contradiccion sentia una especie de deleite en leer aquellos crueles desdenes, procedentes de Versalles, segun le habia dicho la condesa.

A esta sazon fue cuando uno de sus lacayos entró á anunciarle la llegada de los joyeros.

El Cardenal se negó por tres veces á recibirlos: sorprendido, empero, de la tenacidad que manifestaban en verle, puesto que el lacayo se presentó por cuarta vez, diciendo de parte de Bœhemer y Bosange que no se irian de la casa á menos que no se les echase á viva fuerza.

— ¿Qué significa esto? se preguntó interiormente.

Luego, volviéndose al criado, añadió con voz alta:

—Decidle que entren.

Presentáronse los joyeros, y su trastornado semblante demostraba de una manera visible el rudo combate que acababan de sostener física y moralmente con los criados de su Eminencia. Verdad es que si bien habian salido vencedores en esta lucha, habian sido en cambio derrotados en otra, puesto que jamás hubo cerebros mas descompuestos que los suyos, destinados á funcionar ante un príncipe de la Iglesia.

—Ante todas cosas, señores míos, exclamó el Cardenal, ¿qué significa los bruscos modales con que os habeis presentado en mi palacio? ¿Se os debe aqui por ventura alguna cosa?

El tono con que empezaba aquella entrevista, heló de espanto á los dos consócios.

—¿Volverán á comenzar las es-

eenas de Versailles? preguntó con una mirada Boehemer á su compañero.

— ¡Oh! no, no; le indicó este, ajustándose la peluca con un movimiento belicoso: por mi parte estoy decidido á toda clase de asaltos.

Y el impetuoso Bossange dió un paso casi amenazador, mientras que su consocio, obrando con mas prudencia, se quedó un poco atrás.

El Cardenal creyó que estaban locos, y se lo dijo lisa y llanamente.

— Monseñor, exclamó desesperadamente Boehemer, cortando cada sílaba con un suspiro: ¡justicia! misericordia! evitad el que nos propasemos, y no nos obligueis á faltar al respeto debido al mas magnánimo é ilustre de los príncipes.

— Vamos, señores, sois unos locos; en cuyo caso no haré mas que mandar que os planten en la puer-

ta del palacio; ó no lo sois, y entonces voy á decir que os tiren por las ventanas: escoged lo que os parezca.

—No estamos dementes, monseñor; lo que tenemos es que nos han robado.

—¿Y eso á mí, en qué me concierne? ¿soy yo por ventura subprefecto de policía?

—No, monseñor; pero habeis tenido el collar en vuestras manos, dijo sollozando Bœhemer, y por lo tanto forzoso será que váyais á declarar ante la justicia..... Sí, monseñor, ireis.....

-- ¡Que he tenido yo en mis manos el collar!.... exclamó el príncipe. ¿Y es el collar lo que os han robado?

—Sí, monseñor.

—¿Y qué dice á eso la Reyna? preguntó el Cardenal con interés.

—S. M. es, Monseñor, quien nos

ha mandado que nos avistemos con vuestra Eminencia.

—S. M. la Reyna es muy amable. Pero ¿en qué puedo yo servirlos, pobres infelices?

—Vuestra Eminencia puede hacer mucho, si lo tiene á bien, puesto que puede decir qué ha sido del collar.

—¿Yo?

—Sin duda que sí.

—Ese lenguaje, mi querido Beehemer, estaria en su lugar, si perteneciera yo á la banda de ladrones que han robado el collar á la Reyna.

—No ha sido á la Reyna á quien le ha sido robado el collar.

—¿Pues á quién? ¡Dios mio!

—La Reyna niega haberlo tenido en su poder como suyo.

—¡Que niega la Reyna! repitió vacilando el Cardenal; ¿pues no teneis un recibo firmado de su puño y letra?

—S. M. dice que ese recibo es falso.

—Vamos, vamos, exclamó el Cardenal, repito que habeis perdido la cabeza.

—Lo que acabo de decir á vuestra Eminencia es la pura verdad, repuso Boehemer mirando á Bossange, el cual respondió con una triste señal de asentimiento.

—Ya; la Reyna negaria, añadió el príncipe, porque habria alguno con S. M. cuando la hablásteis del asunto en cuestion.

—Nadie absolutamente. Pero no es eso todo.

—¿Pues qué mas hay?

—Que no solo S. M. ha negado, sino que dice que la carta de reconocimiento de la deuda es falsa, y nos ha enseñado ademas un recibo firmado por nosotros, con el cual pretende probarnos que el collar ha vuelto á nuestro poder.

—¡Un recibo, dijo el Cardenal;

¿y bien. qué?

—Que el tal recibo, como sabeis perfectamente, es falso.

—¡Falso! ¿Y de dónde inferís que yo debo saberlo?

—Claro está, pues que vuestra Eminencia se dignó ir á nuestra casa á confirmarnos lo que habia dicho Mad. de La Motte, y sabeis muy bien, que habiamos vendido el collar, y que este se hallaba en manos de la Reyna.

—Veamos, veamos, repuso el Cardenal pasándose la mano por la frente; si no me equivoco, aqui ocurre algo bastante grave; procuremos por tanto entendernos, y recorramos las operaciones en que yo he intervenido.

—Bien está, monseñor.

—En primer lugar, compra hecha por mí para S. M. de una alhaja, á cuenta de la cual os he pagado doscientas cincuenta mil libras.

—Eso es.

—Luego, venta suscrita directamente por la Reyna (asi me lo habeis dicho); en los términos fijados por S. M. y bajo la responsabilidad de su firma.

—¿De su firma?.... ¡ah! ¿con que creéis, monseñor, que es en efecto la firma de la Reyna?

—Mostrádmela.

—Aquí la teneis.

Los joyeros sacaron la carta de la cartera, y la mostraron al Cardenal, el cual exclamó al pasar por ella la vista:

—Estais en vuestro juicio! ¿cómo ha de ser esto la firma de la misma Reyna?..... ¡María Antonieta de Francia!.... ¿no sabeis que S. M. es de la casa de Austria?.... Vamos, vamos, ya veo, pobres hombres, que sois víctimas de un robo; la letra y la firma de este documento son falsas.

— ¡Oh! exclamaron los joyeros

exasperados: entonces Mad. de La Motte deberá conocer por fuerza al falsario y al ladrón.

—Llamemos, pues, á la condesa, repuso el príncipe turbado por la verdad de este aserto.

Y llamando á sus criados les dió las mismas órdenes que había dado á su servidumbre María Antonieta.

Los lacayos del Cardenal se lanzaron presurosos en persecucion de Juana, cuyo carruaje no podía estar aun muy lejos.

Bœhemer y Bossange entretanto, guarecidos en las promesas de la Reyna como una liebre en su cama, repetian incesantemente:

—¿Dónde está el collar? ¿dónde está nuestra alhaja?

—¿Qué diablos sé yo? repuso el príncipe con enojo; hacedme el favor de callar, porque vais á volverme sordo con esos gritos; por mi parte todo cuanto puedo deciros, es que yo mismo remití el collar á la

Reyna.

— ¡Venga nuestra alhaja ó su importe! repetian los joyeros.

— Señores, ya os he dicho que eso no me concierne, repuso el Cardenal fuera de sí, y en disposicion de poner en la puerta á los acreedores.

— ¡Ah! exclamaron á un tiempo Bøhemer y Bossange, cuya desesperacion hacia que estuviesen como en un potro: ¡Mad. de la Motte, la señora condesa es quien nos ha perdido!

— ¡Eh, cuidado con eso, bergantes! repuso el príncipe; guardaos de sospechar de la honradez de la condesa, si no quereis ser enrodados en mi palacio.

— Pero en resumidas cuentas, monseñor, dijo Bøhemer con acento compungido, aqui debe haber por fuerza algun culpable, puesto que necesariamente habrá falsificado alguno estos documentos.

— ¿Presumis, por ventura, que seré yo? dijo Mr. de Rohan con altivez.

— ¡Oh! no, monseñor, nosotros no queremos decir eso precisamente.

— ¿Pues entonces?...

— ¡Ah, monseñor! ¡dignaos darnos alguna esplicación en nombre del cielo!

— Aguardad á que pueda dármela á mi mismo.

— Pero.... ¿y qué respuesta hemos de llevar á la Reyna? porque habeis de saber que S. M. grita todavía mucho mas alto que nosotros.

— ¿Y qué dice S. M.?

Dice que vuestra Eminencia ó Mad. de La Motte son las dos únicas personas que saben el paradero de la alhaja.

— ¡Pues bien! exclamó entonces el Cardenal, pálido de vergüenza y de cólera.... si eso dice S. M., contestad á la Reyna de mi parte, que.... Y si no.... mejor será que

no le digais nada : basta ya de escándalos de este género. Pero mañana.... mañana, ¿lo entendéis ?; oficio yo en la capilla de Versalles; id á buscarme allí, y me vereis acercarme á la Reyna, hablar á S. M., y preguntarle si conserva ó no la alhaja: vosotros podreis oir ó no la contestacion, y si en presencia mia niega.... entonces, señores.... yo soy un Rohan, y pagaré.

Y despues de pronunciar estas palabras con una dignidad, de la cual no nos es lícito dar una idea en sencilla prosa, el príncipe despidió á los dos consócios, que sin volver la espalda fueron saliendo de su despacho haciendo cortesías y tocándose con el codo.

- ¿ Con que.... hasta mañana, segun eso ? ¿ no es verdad monseñor ? balbuceó Boehemer.

- Hasta mañana á las once, en la capilla de Versalles, respondió el Cardenal.

ESGRIMA Y DIPLOMACIA.

A la mañana siguiente á cosa de las diez, entraba en Versalles un coche con las armas de Mr. de Breteuil.

Aquellos de nuestros lectores que recuerden la historia de Bálamo y de Gilberto, no habrán olvidado probablemente que Mr. de Breteuil, rival y enemigo personal del prin-

cipe, acechaba mucho tiempo hacia una ocasion favorable para dar un golpe mortal á su enemigo.

En esto es tan superior á la esgrima la diplomácia, que asi como en aquella lo principal consiste en dar una respuesta buena ó mala en un segundo, los diplomáticos tienen á su disposicion quince ó mas años para combinar el golpe que han de devolver, y hacerlo todo lo mas mortal posible.

Mr. de Breteuil habia solicitado una hora antes audiencia del Rey, y encontró á S. M. vistiéndose para asistir á misa.

—Hace un tiempo magnífico, exclamó Luis XVI con risueño semblante, asi que vio entrar al diplomático en su gabinete: un verdadero dia de fiesta ¿no es verdad, Breteuil? ni siquiera una nube empaña el azul del cielo.

—¡Ay, señor! repuso el diplomático; con harto dolor mio me

veo yo en la precision de venir á encapotar con una niebla la tranquilidad de V. M.

—Vamos, vamos, exclamó el Rey; ya veo que el dia no empieza tan bien como yo me habia figurado: ¿qué tenemos?

—No sé cómo decir á V. M. lo que tengo que contarle, porque ademas de ser el negocio embarazoso de suyo, no pertenece á mi ministerio, mediante á que se trata de una especie de robo, lo cual concierne al subprefecto de policía.

—¡Un robo! exclamó el Rey. En todo caso, Mr. de Breteuil, vos sois el guardasellos, y los ladrones acaban regularmente por tropezar con la justicia. Asi pues, el asunto concierne tambien al canciller, y puesto que vos lo sois, hablad.

—Pues bien, señor, ved aqui de lo que se trata; ¿recuerda V. M. haber oido hablar de un collar de diamantes?

—¿De un collar de Beheimier?

—Sí señor.

—Que rehusó la Reyna, si mal no recuerdo?

—Precisamente.

—Negativa que por mas señas, añadió Luis XVI frotándose las manos, me valió un gran navío, el *Suffren*.

—Asi es la verdad, dijo el baron de Breteuil, sin reparar en los males profundos que podian causar sus palabras: esa es la alhaja de cuyo robo voy á hablar á V. M.

—¡Ah! tanto peor, tanto peor, repuso el Rey. Ese collar era caro; pero los diamantes de que se compone son muy conocidos, y como el separarlos seria destruir el fruto del robo, los dejarán como están, y la policia dará con ellos.

Señor, el robo en cuestion, prosiguió monsieur de Breteuil, no es un robo ordinario: á este hecho van mezclados ciertos rumores.....

—¡Rumores! ¿qué quereis de-

cir ?

— Que la voz pública culpa á la Reyna de haberse guardado el collar.

— ¡Cómo! ¿qué se ha guardado la Reyna el collar, cuando yo mismo la he visto rehusarlo á presencia mia, sin quererlo mirar siquiera? Vamos, vamos, baron, eso es un absurdo; la Reyna no puede haberse guardado esta alhaja.

— Perdonad, señor; pero al usar la palabra *guardar* no me he valido de la mas propia; las calumnias contra los soberanos son tan ciegas, que la espresion que se emplea en los antedichos rumores es asaz fuerte y ofensiva para pronunciarla ante oídos régios. La palabra *guardado*...

— ¡Diantre! señor de Breteuil, repuso el Rey con una sonrisa; ¿suplico que la maledicencia no llegará hasta el extremo de decir que la Reyna ha robado el collar de dia-

mantes?

— Señor, repuso vivamente el ministro; dicese que la Reyna ha vuelto á comprar el collar, despues de haber roto el primer contrato en vuestra presencia; dicese además, y escuso, señor, manifestar cuánto desprecian mi abnegacion y respeto semejante suposicion, que los joyeros afirman tener en su poder un recibo de S. M. la Reyna, en el cual consta que mi soberana se ha guardado el collar.

— ¿Eso dicen? replicó el Rey palideciendo: ¡bah! pero ¿quién hace caso de rumores? ¡se cuentan tantas patrañas! Y luego, aun quando la Reyna hubiese comprado por segunda mano el tal collar, tampoco tendria nada de extraño, porque al fin y al cabo es muger, y la alhaja es tan preciosa como rara y apetecible. La Reyna, por otra parte, puede muy bien si gusta gastar millon y medio en un objeto de su

adorno, y yo no le negaria mi aprobación.

Lo único en que á lo sumo habria hecho mal, seria en haberme ocultado su deseo; mas esto ya no pertenece al Rey sino al marido: por lo tanto él la reñirá si quiere ó puede, y en nadie reconozco derecho de intervenir en ello, ni aun bajo la excusa de acallar á la maledicencia.

El baron no pudo menos de inclinarse ante estas palabras del Rey, tan nobles y tan vigorosas; pero Luis XVI no tenia mas que la apariencia de la firmeza, asi es que un instante despues de haber hecho alarde de ella volvió á manifestarse vacilante é inquieto con Mr. de Breteuil, á quien dijo de alli á poco:

—Ya veis, baron, que aqui no hay hurto ni cosa que lo valga: ¿no es cierto? si hubiese robo, el collar no podria menos de hallarse

en manos de la Reyna; seamos lógicos ante todas cosas.

— V. M., repuso el baron, me ha anonadado con su cólera, y no me ha sido posible concluir.

— ¡Bah! ¿yo he manifestado cólera?... en cuanto á eso, baron, permitidme....

Y el buen Rey se rió á carcajada.

— Vamos, vamos, prosiguió el monarca; continuad, Breteuil y decidme todo cuanto querais; decidme, si es menester, que la Reyna ha vendido el collar á los usureros. ¡Pobre muger! casi siempre está necesitada de dinero, y yo no siempre se lo doy.

— Eso es precisamente lo mismo que yo iba á decir hace un instante á V. M.: la Reyna pidió hará cosa de dos meses unas quinientas mil libras por conducto de Mr. Calonne, y V. M. se dignó rehusarle esta cantidad.

—Es cierto.

—Pues bien, señor; ese dinero, segun *dicen*, era para pagar el primer plazo de los suscritos para la compra del collar; y como la Reyna carecia de aquel, se ha negado á pagarlo.

—Y bien, ¿y qué? preguntó el monarca empezando á interesarse en el asunto, como acontece casi siempre que á la duda reemplaza un principio de verosimilitud.

—Que aqui, señor, es donde comienza la historia, que mi deber me ordena referir á V. M.

— ¡Cómo! ¿habeis dicho que la historia comienza ahora? ¡Pues qué es lo que ocurre, Dios mio! exclamó Luis XVI descubriendo su perplejidad á los ojos del baron, que desde aquel momento tuvo la ventaja de su parte.

—Señor, *dícese* que la Reyna ha acudido á una persona á fin de obtener dinero.

—¿A quién? ¡á algun judío!
¿no es verdad?

—No, señor; no ha sido á un judío.

—Válgame Dios, Breteuil, me decís eso de un modo tan extraño... ¡Ah! ya me parece adivinar lo que hay en el asunto..... alguna intriga extranjera, eso es; la Reyna habrá pedido dinero á su hermano, á su familia..... ¡Bien me temia yo que anduviera en esto el Austria!

Sabido es cuán susceptible era Luis XVI respecto á la corte de Viena.

—¡Mas valdria que así fuera! respondió Mr. de Breteuil.

—¡Cómo, ¿qué decís?.... Pues ¿á quién ha acudido entonces la Reyna á pedir dinero?

—Señor, no me atrevo.....

—Vuestro lenguaje, caballero de Breteuil, me sorprende mucho, dijo el Rey alzando la cabeza y volviendo á tomar un continente régio.

Dignaos, por tanto, decirme al punto cuanto sepais, y nombradme sobre todo al prestamista.

—Mr. de Rohan, señor.

—¡Bah! ¿No os ruborizais de citarme un hombre, que es quizás el mas arruinado del reyno?

—Señor..... repuso Mr. de Breteuil bajando los ojos.

—Esas reticencias, señor ministro, me desagradan sobremanera, dijo el Rey; esplicaos, pues, con claridad, y no me ocultéis nada.

—Perdonad, señor; por cuanto hay en el mundo no consentiria que mis labios pronunciaran una palabra que podria comprometer el honor de mi Rey y el de mi soberana.

—Vamos, vamos, caballero de Breteuil, dijo el Rey frunciendo el ceño; veo que descendemos mucho, y que ese parte de policia está muy impregnado de los vapores de la sentina de donde sale.

— Toda calumnia exhala miasmas mortíferos; por eso es preciso que los Reyes la purifiquen con eficaces medios, si quieren evitar que su honor sea envenenado; el trono, señor, no es un abrigo contra la calumnia.

— ¡Mr. de Rohan! repitió el monarca; pero ¿qué verosimilitud?...

— Vuestra magestad podrá convencerse cuando guste de que Mr. de Rohan es quien ha contratado con los joyeros Bœhemer y Bossange, de que la venta del collar ha sido arreglada por su Eminencia y de que él es, por último, quien ha estipulado y aceptado sobre sí las condiciones del pago de la alhaja.

— ¡Es posible! exclamó el Rey, turbado por los celos y por la cólera.

Es un hecho, para probar el cual bastará el mas sencillo interrogatorio. Salgo garante de ello á V. M.

— ¿Con que salis responsable de

su certeza ?

—Sin el menor escrúpulo , contestó Mr. de Breteuil.

—¡ Oh ! ¿sabeis , caballero , que me decís cosas terribles ? exclamó el monarca paseándose precipitadamente por su gabinete. Con todo , á decir verdad , prosiguió de allí á un momento , nada descubro aun que pueda dar margen á inferir el robo de que me hablais.

—Señor , los joyeros dicen que tienen un recibo firmado por vuestra augusta esposa , y que la Reyna es quien debe tener el collar.

—¡ Ah ! exclamó el Rey con una esplosion de esperanza : con que , segun eso , ¿ la Reyna niega ? Entonces , Breteuil , ya estais viendo como....

—¡ Cómo ! ¿ por ventura he hecho yo creer á V. M. que no estoy convencido de la inocencia de la Reyna ? exclamó Breteuil , interrumpiendo al monarca. ¿ Seria yo tan des-

graciado , prosiguió el ministro , que V. M. desconociera todo el respeto, todo el amor que me inspira la mas pura de las mugeres ?

— ¿ Entonces quiere decir , que vos acusais únicamente á Mr. de Rohan ?...

— Señor , las apariencias aconsejan al menos....

— Caballero de Breteuil , esa acusacion es muy grave.

— Yo tambien lo creo asi , y hasta me prometo que será pulverizada cuando se someta á una informacion judicial que ha llegado á hacerse indispensable , puesto que la Reyna asegura que no tiene el collar , los joyeros pretenden haberlo vendido á la Reyna , la alhaja no parece , y la voz pública ha pronunciado la palabra *robo* , poniéndola entre el nombre de monsieur de Rohan y el nombre sagrado de vuestra augusta esposa.

— Es verdad, es verdad , repuso

el Rey muy conmovido; teneis razon, señor de Breteuil; es indispensable que este asunto se ponga en claro.

—Absolutamente indispensable.

—¡Dios mio! ¿pero qué es lo que sucede allá abajo en la galería? preguntó el Rey: Mr. de Rohan que se dirige á la capilla para celebrar los divinos oficios?

—Me parece que no; Mr. de Rohan no puede ser, porque ni son las once, ni va vestido con los hábitos pontificales. V. M., por consiguiente, puede disponer todavía de media hora.

—¿Y qué haremos? ¿seria conveniente hablarle y hacerle venir aqui?

—Si V. M. me permite que le dé un consejo, me parece que lo mejor seria no dejar traslucir nada de este asunto, hasta despues de haber hablado con S. M. la Reyna.

—En efecto, ella me dirá la verdad.

—No debemos dudarle, señor.

—Muy bien; sentaos, y contadme ahora, sin la menor reserva, sin atenuar lo mas mínimo, todos los hechos y todos los comentarios que hayan llegado á vuestra noticia.

—Aqui los traigo en esta cartera con todos sus pormenores y comprobantes.

—Muy bien; en ese caso aguardad que mande cerrar la puerta de mi gabinete, y los examinaremos; yo tenia señaladas para hoy dos audiencias, pero las aplazaremos para otro dia.

El Rey dió sus órdenes, volvió á sentarse en su sillón, y mirando de nuevo por la ventana, dijo á su ministro:

—Mirad, mirad, Breteuil; esta vez creo que no me equivoco: alli viene el Cardenal:

Breteuil se levantó, y acercándose á la ventana, distinguió al través de las cortinas á monsieur de

Rohan, que vestido con los ornamentos de Cardenal y Arzobispo, se dirigia hácia la habitacion que le estaba designada para cuando iba á officiar solemnemente á Versailles.

— ¡ Ah ! ¡ al fin ha llegado ! exclamó el monarca levantándose tambien de su asiento.

— Tanto mejor, repuso Mr. de Breteuil: asi no sufrirán dilacion alguna las esplicaciones.

En seguida, empezó á enterar al Rey con todo el celo y asiduidad de un hombre que se afana por labrar la pérdida de otro.

Cuanto podia contribuir á culpar á su Eminencia se hallaba reunido con un arte infernal en aquella cartera; el Rey iba viendo aglomerarse prueba sobre prueba de la culpabilidad de Mr. de Rohan, y se desesperaba de que no llegasen demasiado pronto las de la inocencia de la Reyna.

Cerca de un cuarto de hora ha-

cia ya que se hallaba sufriendo este suplicio, cuando de improviso se oyó ruido de voces en la galería inmediata.

El Rey se puso á escuchar con atencion, y Breteuil interrumpió su lectura.

Pasado un instante se acercó un oficial á la puerta del gabinete y llamó ligeramente con la mano.

— ¿Qué se ofrece? preguntó el monarca, cuyos nervios se habian resentido de la revelacion de Mr. de Breteuil.

Presentóse el oficial, é inclinándose profundamente ante el monarca, le dijo:

— Señor, S. M. la Reyna me envia á decir que os digneis pasar á su cámara.

— Algo de nuevo ocurre, dijo el Rey palideciendo.

— Es muy probable, añadió Breteuil.

— Voy á la cámara de la Rey-

na, exclamó Luis XVI; esperadnos aqui, señor ministro.

—Pues, señor, ya llegamos al desenlace, murmuró el guardase-
llos.

HIDALGO, CARDENAL Y REYNA.

En el instante mismo en que Mr. de Breteuil habia entrado en la cámara del Rey, Mr. de Charny, pálido, agitado, solicitaba una audiencia de la Reyna, la cual se hallaba á la sazón vistiéndose.

María Antonieta vió al jóven caballero desde una ventana de su tocador que caia al terrado, y dió orden para que le introdujeran an-

tes de que aquel hubiese acabado de explicar su demanda.

La Reyna al dar esta orden no hizo mas que ceder á la necesidad de su corazon, pensando interiormente con una noble arrogancia, que un amor puro é inmaterial como el suyo, tenia derecho á entrar á todas horas hasta en el palacio mismo de las Reynas.

Charny se presentó en la régia estancia, tocó temblando la mano que la Reyna le tendia, y con voz ahogada exclamó:

— ¡Ah! señora, ¡qué desgracia!

— ¡Dios mio! ¿qué teneis? preguntó la Reyna á Charny, poniéndose pálida al ver la agitacion de su amigo.

— ¿Sabeis lo que acaban de decirme, señora? ¿Sabeis lo que se oye por ahí en boca de todo el mundo, y lo que á estas horas es probable haya llegado á los oidos del

Rey?

María Antonieta se estremeció, acordándose de aquella noche de castas delicias, en la que quizás las miradas de un celoso ó de un enemigo la habrían descubierto paseándose con Charuy en el parque de Versailles.

—Decid cuanto sepais, amigo mio, respondió al jóven, llevándose una mano sobre el corazon; soy fuerte y podeis hablar sin ningun reparo.

—Pues bien, señora, se dice que habeis comprado un collar á Bœhemer y Bossange.

—Sí, pero ya se lo he devuelto, repuso la Reyna.

—Escuchad, señora; dícese que habeis fingido devolverlo, que V. M. contaba con poder pagarlo, que el Rey os lo estorbó rehusando firmar un bono de Mr. de Calonne, que entonces habeis acudido á una tercera persona á pedirle dinero, y que esta persona es vuestro amante.

— ¡Vos! exclamó la Reyna con un movimiento de confianza sublime; ¡vos! caballero; vamos, dejadles que digan lo que quieran. El título de amante no es para ellos una injuria tan fácil de lanzar, así como el título de amigo nos será de aquí en adelante para nosotros dos una dulce verdad consagrada.

Charny no pudo menos de contenerse ante la elocuencia vigorosa y fecunda que exhala el amor verdadero, y la cual viene á ser el perfume esencial del corazón de toda muger generosa.

Pero el intervalo que empleó el jóven en responder, redobló la inquietud de la Reyna, la cual exclamó de allí á un instante:

— ¿De qué queríais hablar, caballero? La calumnia usa un lenguaje, que yo jamás he acertado á comprender; ¿lo comprenderíais vos por ventura?

— Dignaos, señora, escucharme,

y no obligarme á hacer digresiones, porque las circunstancias son graves. Ayer mismo fuimos mi tío Mr. de Suffren y yo á casa de los joyeros de la corona, Bœheimer y Bosange, con objeto de que estos valuaran unas piedras preciosas que aquel ha traído de la India. Allí se habló de todo y de todos. Los diamantistas contaron al señor bailío una historia comentada por los enemigos de S. M... y..... ¡por piedad, señora! estoy sumido en la mas honda desesperacion; si habeis comprado el collar, decidme tambien si no lo habeis pagado; pero por cuanto hay en el mundo no me dejeis en la creencia de que lo ha pagado monsieur de Rohan.

— ¡Mr. de Rohan! exclamó la Reyna.

— Sí, señora; Mr. de Rohan, que pasa en público por amante de la esposa de Luis XVI; Mr. de Rohan, á quien la Reyna acude á pe-

dirle dinero prestado, y á quien un desgraciado llamado Mr. de Charney ha visto en el parque de Versailles sonriendo ante su soberana, arrodillado á sus pies y besándola la mano; Mr. de Rohan, en fin, á quien.....

— Caballero, exclamo María Antonieta; si no creéis en mí cuando me hallo lejos de vuestro lado, es una prueba de que no me amais cuando me teneis presente.

— ¡Oh, señora! replicó el joven; nos hallamos frente de un inminente peligro, y no es valor ni franqueza lo que vengo á obtener de vos; vengo únicamente á suplicaros que os digneis prestarme un servicio:

— Ante todo sepamos, dijo la Reyna, ¿qué peligro es ese?

— ¡Qué peligro! ¡Insensato de aquel que no lo adivina! El Cardenal, en el mero hecho de responder por la Reyna y de pagar por ella,

la pierde. Prescindo del mortal disgusto que debe causar á Mr. de Charny una confianza semejante á la que os inspira Mr. de Rohan: ni quiero ni debo hablaros de tal cosa: las penas de ese género matan, pero no se queja uno de ellas.

— ¡Etais loco! exclamó Maria Antonieta con adenian colérico.

— No, señora, no estoy loco; pero vos en cambio sois muy desgraciada y estais perdida. ¡Bien os decia yo que os habia visto en el parque!.... ¡Ah! ¡desgraciadamente no me habia engañado! Hoy se ha descubierto la terrible, la mortal verdad!.... Mr. de Rohan se vanagloriará tal vez!....

— ¡Oh! ¡repito que sois un loco! exclamó la Reyna con una angustia inesplicable, y asiendo el brazo de Charny: creed en el odio, creed en quimeras, creed en lo imposible; pero, ¡en nombre del cielo! ¡no me creais culpable despues de lo que

habeis oido de mi boca!... ¡Culpable yo!... ¡esa palabra me haria saltar por encima de carbones encendidos!... Culpable ¿y con quién?... ¡Yo que jamás he pensado en vos sin rogar á la Providencia que me perdonase el único pensamiento que yo llamaba un crimen! ¡Oh! ¡caballero de Charny! si no quereis verme perdida hoy y muerta mañana, no me digais nunca que sospechais de mí, ó huid tan lejos que no podais oir el ruido de mi caída en el momento de mi muerte.

—Escuchadme, repuso Oliverio, despues de haberse retorcido las manos con la mayor angustia; ¿permitireis que yo os preste un servicio eficaz?

—¡Recibir de vos un servicio! exclamó la Reyna; ¿de vos, que os mostrais mucho mas cruel que mis enemigos, puesto que ellos solamente me acusan, mientras que vos llegais hasta el extremo de sospechar

de mí? ¿Aceptar los servicios del hombre que me desprecia?... ¡Jamás.. caballero, jamás!...

Oliverio se acercó á la Reyna, y estrechando una de sus manos con las suyas, prosiguió:

—Voy, señora, á convencerlos de que no soy un hombre que se limita á gemir y llorar; los momentos son preciosos, y hay que aprovecharlos, porque luego quizás sería ya demasiado tarde para poner por obra lo que nos resta que hacer. Así, señora, ¿quereis salvarme de la desesperacion, y á vos misma del oprobio?..

—¡Caballero!...

—¡Oh! Perdonad, señora, pero estoy decidido á no medir ni economizar mis palabras á presencia de la muerte. Si no me escuchais, repito, esta noche habremos muerto ambos, vos de vergüenza, y yo de veros morir. ¡Ataquemos, pues de frente al enemigo, como se hace en las batallas! Marchemos juntos;

yo como un oscuro soldado, pero con valor, sin abandonar las filas; ya vereis; vos, con toda la pompa y la fuerza de la magestad. Dirijámonos al centro de la pelea; y si en ella sucumbís, ¡qué remedio!.... en todo caso no sucumbireis sola. Vamos, señora, consideradme como si fuera un hermano..... y decidme francamente si necesitais de fondos para pagar el collar.

—¿Yo?

—No me lo negueis.

—Ya os he manifestado...

—No me digais por Dios que no teneis el collar.

—Os juro...

—No jureis, si deseais que prosiga amándoos.

—¡Oliverio!

—Un medio os queda para salvar á un mismo tiempo mi amor y vuestra honra. El collar vale seiscientas mil libras, de las cuales habeis pagado ya doscientas cincuenta mil:

ahí teneis millon y medio , tomadlo.

—¿Qué e sesto ? ¿qué es lo que me dais aqui ?

—En nada repareis ; tomadlos y pagad.

—¡ Cómo ! habeis vendido vuestros bienes ! ¿ os habeis despojado por mí de todas vuestras posesiones ! ¡ Ah ! ¡ Oliverio ! teneis un corazon noble y escelente , y ante tan inmenso amor no quiero economizar mis declaraciones. ¡ Oliverio , os amo !

—Aceptad , señora.

—No ; pero repito que os amo !

—¡ Ah ! ¿ con que es decir que Mr. de Rohan pagará por vos ? Advertid , señora , que tal proceder , lejos de ser una generosidad , es uua crueldad que me abruma. ¿ Aceptais , en efecto , del Cardenal ?

—Vamos , caballero de Charny , basta ya de inclusiones ; yo soy una Reyna , y aun cuando puedo dar á mis súbditos amor ó fortuna , jamás acepto de ellos ni una ni otro.

—¿Pues qué vais á hacer entonces?

—Vos mismo vais á dictarme la conducta que he de seguir. Ahora veamos; ¿qué era lo que deciais que piensa Mr. de Rohan?

—Mr. de Rohan, señora, cree que sois su querida.

—Duro estais por demas, Oliverio...

—Hablo, señora, como se habla delante de la muerte.

—Y los joyeros, ¿qué piensan?

—Los joyeros dicen que no pudiendo la Reyna pagar, pagará Mr. de Rohan por ella.

—Y respecto al collar, ¿qué es lo que dice el público?

—El público dice que vos teneis la alhaja, que la habeis ocultado, y que no llegareis á confesar que se halla en poder vuestro, hasta que hayan satisfecho su importe, bien sea el Cardenal por amor hácia vos, bien sea el Rey por miedo al escándalo.

—Muy bien; y ahora Mr. de Charny, miradme frente á frente, y decidme; ¿qué pensais de las escenas que habeis presenciado en el parque de Versailles?

—Pienso; señora, que teneis necesidad de probarme vuestra inocencia: replicó con energia el digno y noble caballero.

La Reyna se enjugó el sudor que bañaba su frente.

—¡El príncipe Luis, Cardenal de Rohan, gran limosnero de Francia! gritó desde la galeria la voz de un ughier, anunciando.

—¡El Cardenal! murmuró Charny.

—Vais á ser servido á medida de vuestro gusto, dijo la Reyna.

—¿Pensais recibirlo?

—Iba á mandarle á llamar en este instante.

—Pero, y yo...

—Entraos en mi tocador y dejad la puerta entreabierta para que podais oirlo todo.

— ¡Señora!

— Vamos, pronto; que ya está aquí el Cardenal.

Y empujando á Charny hácia la habitacion que le habia indicado, dejó la puerta entornada é hizo entrar al Cardenal.

ESPLICACIONES.

M. de Rohan se presentó en el dintel de la régia cámara, ostentando los brillantes ornamentos sagrados. Detrás de él se había quedado á cierta distancia un numeroso séquito, cuyos hábitos resplandecían tanto como el de su señor, y entre los cuales no era difícil distinguir á los joyeros Bœhemer y Bossange, un si es no es atados y encogidos con

su trage de ceremonia.

La Reyna se fué derecha al Cardenal, haciendo un esfuerzo por manifestar una sonrisa que espiró bien pronto en sus labios.

Luis de Rohan, grave y triste á la vez, demostraba en su semblante la tranquilidad del hombre valiente que se apresta para el combate, y la amenaza imperceptible del pastor que tiene algo que perdonar.

Indicole la Reyna un taburete, y el Cardenal permaneció en pie, diciéndole despues de haberse inclinado y estremecido de una manera visible :

—Señora, tenia muchas cosas importantes que decir á V. M. pero habeis procurado con tal esmero evitar mi presencia...

—¿Yo, señor Cardenal? exclamó la Reyna; todo lo contrario; antes bien iba á mandaros llamar hace un momento.

El príncipe Luis tendió una mi-

rada hácia el tocador , y en seguida dijo en voz baja á la Reyna :

—¿ Estoy solo con V. M. ? ¿ se me concede permiso para que hable con toda franqueza ?

—Con toda franqueza , señor Cardenal ; podeis hablar libremente y sin temor alguno; estamos enteramente solos.

Y al pronunciar la Reyna estas palabras, lo hizo con un acento tan firme , que á no dudarlo , queria que fuesen oidas por Charny , recreándose al mismo tiempo con orgullo por su valor , y por la seguridad que iba á infundir desde las primeras palabras al caballero.

El Cardenal tomó su partido , y acercando el taburete al sillón de la Reyna , se colocó todo lo mas lejos posible de la puerta , cuyas hojas habian quedado entornadas.

—¡ Cuánta precaucion ! exclamó la Reyna aparentando un humor alegre.

- Es que... dijo el Cardenal.
—¿Qué? repitió la Reyna.
—¿Podrá venir el Rey? preguntó el Cardenal.

—No temais al Rey, ni á nadie, repuso vivamente Maria Antonieta.

—¡Oh! vos únicamente es á quien yo temo! exclamó con voz conmovida el Cardenal.

—Entonces, auto en mi favor, para que escuseis los preámbulos, puesto que yo no soy muy temible: decid pues, en pocas palabras y con voz inteligible y alta lo que tengais que decir; á mí me gusta mucho la franqueza, y si andais con rodeos, me hareis creer que no sois hombre de honor. ¡Oh! dejaos de hacer gestos, que no vienen al caso: me han dicho que teneis quejas contra mí: hablad: yo gusto de la guerra; por mis venas circula una sangre que no se asusta tan fácilmente. Veamos, señor Cardenal, ¿qué teneis que echarme en cara?

El Cardenal exhaló un suspiro, y se levantó del asiento para aspirar con mas desahogo el aire de la régia cámara. En seguida, y logrando dominarse á sí mismo, comenzó en los siguientes términos:

— Señora, dijo el Cardenal inclinándose, ¿sabeis lo que ocurre respecto á nuestro collar?

— No, caballero, no lo sé; y por cierto que no me disgusta el haber de oirlo de vuestra boca.

— ¿Porqué me tiene reducido V. M., tanto tiempo hace, á no dejarme comunicar con su persona augusta sino por conducto de un intermediario? ¿Porqué, si V. M., me aborrece, no se digna decírmelo con claridad y franqueza?

— No os comprendo, señor Cardenal; ¿por qué habia yo de aborreceros? pero este, sí no, me engaña, no es el verdadero objeto de nuestra entrevista. Dignaos, pues, darme noticias exactas acerca del

paradero de ese malhadado collar, empezando por decirme, dónde se halla Mad. de La Motte?

—Eso mismo iba á preguntar yo á V. M.

—Perdonad, caballero; á mi juicio, si alguien puede saber el paradero de la condesa, sois vos.

— ¡Yo, señora! ¿por qué?

— ¡Oh! ya supondreis, señor Cardenal, que no estoy aquí para recibir vuestras confesiones: lo que necesito es saber qué ha sido de Mad. de La Motte, á quien he mandado llamar, á cuya casa han ido de mi parte mas de diez correos, que han regresado sin traerme respuesta alguna, y á la cual tengo que hablar indispensablemente. Confesad, señor Cardenal, que esta desaparicion no deja de ser estraña.

— Tanto, señora, que á mí tambien me sorprende, puesto que la mandé un recado para que viniese á mi casa, y, como V. M., no he

podido obtener respuesta alguna.

—En ese caso, caballero, dejemos á la condesa y hablemos de nosotros.

— ¡Oh! No tal, señora, no tal; hablemos por el contrario de Mad. de La Motte, ya que V. M. me ha dirigido acerca de ella algunas palabras, que denotan haberos infundido una sospecha dolorosa: si no me engaño, V. M. acaba de reprenderme mi asiduidad cerca de la condesa.

— ¡Bah! hasta ahora, señor Cardenal, yo no os he reprendido por nada: pero tened paciencia, que ya os llegará el turno.

— ¡Oh! Señora; es que una semejante sospecha me explicaria todas las susceptibilidades de vuestra alma, y en virtud de ella comprenderia tambien el rigor, hasta ahora incomprensible para mí, que habeis usado conmigo.

—Precisamente en este instante

es cuando empiezo yo á no entenderos ni una palabra: procurad explicaros de una manera menos oscura, puesto que no es para que nos embrollemos, para lo que yo os he mandado llamar. Al hecho, señor Cardenal, al hecho.

—Señora, exclamó el Cardenal juntando las manos y aproximándose á la Reyna; hacedme por Dios el gusto de no mudar de conversacion: dos palabras mas sobre el asunto de que hablábamos hace poco hubieran bastado tal vez para que nos hubiéramos entendido.

—Vamos, vamos, señor Cardenal, estais hablando un lenguaje del que no conozco ni una sílaba; ruegos, por tanto, que nos espresemos en francés, y que me digáis lisa y llanamente dónde está el collar, que yo devolví á los joyeros?

—¡El collar que habeis devuelto! exclamó Mr. de Rohan.

—Sí, ¿qué habeis hecho de él?

— ¡Yo ¿qué quereis que yo sepa, señora?

— Es muy sencillo: Mad. de La Motte se llevó de aquí el collar y lo devolvió en mi nombre á los joyeros, los cuales salen diciendo ahora que no lo han recibido. Yo tengo en mi poder un documento suyo que prueba lo contrario, y los joyeros se empeñan en que es falso este documento: la condesa, que es la única que podría esplicarlo todo, no parece. Ahora bien; permitidme que haga algunas suposiciones para aclarar estos hechos: Mad. de La Motte habrá querido, sin duda, devolver el collar, y vos cuya manía constante, (manía que debo agradecer), ha sido siempre la de hacerme comprar esa alhaja; vos que me la trajisteis con el ofrecimiento de pagarla por mí, oferta.....

— Que V. M. rehusó de una manera bien cruel por cierto, dijo el Cardenal suspirando.

Asi es la verdad; y como decia, vos que habeis tenido siempre la idea fija de que yo me quedase con la alhaja, no habreis querido probablemente devolverla á los diamantistas con la buena intencion de hacérmela tomar en otra ocasion cualquiera; y Mad. de La Motte, que conoce mi repugnancia y mi resolucion firme de no comprar el collar mientras, no tuviese dinero, habrá conspirado con vos, impelida por su celo hácia, mí y hoy no se atreve á temiendo mi cólera. No es asi? ¿He acertado con la verdad? Decidme que sí: de jaos echar en cara esa ligereza, esa inobediencia á mis órdenes terminantes, y con una suave reprimenda está todo concluido. Haré mas; os prometo el perdon de Mad. de La Motte; pero en cambio, haya claridad, caballero, haya claridad, porque por cuanto haya en el mundo no quisiera que en este instante se extendiese la mas ligera sombra sobre

mi vida: no quiero eso, ¿lo oís?

La Reyna pronunció estas palabras con tal viveza, y las recalcó de una manera tan vigorosa, que el Cardenal ni pudo, ni se atrevió á interrumpirla.

Pero en el momento en que María Antonieta cesó de hablar, replicó el príncipe Luis, ahogando un suspiro:

—Señora: voy á contestar á todas vuestras suposiciones, diciéndoos que mal podia yo perseverar en la idea de entregaros el collar, cuando estaba seguro de que se hallaba en vuestras manos. No, señora; no he pensado tal cosa: ni tampoco he conspirado sobre la tal alhaja con Mad. de La Motte; ni está el collar en mi poder, ni en el de los joyeros, así como en vuestro poder tampoco está, según acabais de decir hace un instante.

—Eso es imposible! exclamó la Reyna estupefacta: ¿afirmais, en

efecto, que no teneis el collar?

—No, señora, no lo tengo.

—¿No habeis aconsejado á Mad. de La Motte?....

—No, señora, nada la he aconsejado.

—¿No sois vos, quien la tiene oculta?

—No, señora.

—¿Ni sabeis tampoco qué ha sido de ella?

—No sé sobre el asunto mas de lo que vos sabeis.

—Pues entonces, ¿qué esplicacion dais á todo esto, señor Cardenal.

—Véome precisado, señora, á confesar que no lo entiendo: verdad es, que no sería esta la vez primera en que yo me quejase tambien de no ser comprendido por V. M.

—Pues, ¿qué otra vez os habeis quejado, caballero? Yo no la tengo presente.

—Diguaoa, señora, repasar en la imaginacion mis cartas, dijo el Cardenal.

—¡Vuestras cartas! repuso la Reyna sorprendida; pues que, ¿me habeis escrito alguna vez?

—Muy pocas, para lo mucho que tenia que deciros mi corazon.

—Creo, dijo la Reyna levantándose de su asiento, que estamos jugando á los despropósitos: acábase, pues, esta broma, y decidme, qué cartas son esas, qué es lo que tenéis en el corazon, y á qué viene ese lenguaje, que yo no comprendo?

—¡Dios mio! ¿habré cometido, señora, alguna imprudencia en revelar en alta voz el secreto de mi alma?

—¿Qué secreto? ¿estais en vuestro juicio, señor Cardenal?

—¡Señora!

—¡Oh! no tergiversemos el asunto, acabais de espresaros como un

hombre que quiere tenderme un lazo, ó que desearia que yo me turbase ante testigos.

—Os juro, señora, que nada he dicho... ¿Hay por aquí, en efecto, alguno que nos esté escuchando?

—No, y mil veces no; nadie hay absolutamente; esplícaos, sin circunloquios, y si estais en vuestra sana razon, procurad dar de ello pruebas.

— ¡Oh! señora; ¡cuanto daría porque se hallase aquí Mad. de La Motte! Ella, como buena amiga nuestra, me ayudaria á despertar, ya que no el afecto, la memoria de V. M. al menos.

— ¿*Nuestra* amiga? ¿mi afecto? ¿mi memoria? que digo!

— ¡Ah! Señora; dignaos perdonarme el que me haya espresado así, dijo el Cardenal, turbado por el áspero tono de la Reyna: pero si bien sois libre para no amarme ya, escusad cuando menos las ofen-

sas.

— Pero... ¡Dios mio!.... ¡Dios mio! exclamó la Reyna palideciendo; ¿qué es lo que dice este hombre?

— Muy bien, señora; continuó Mr. de Rohan, animándose á medida que se iba apoderando de él la cólera: yo creia haber sido bastante discreto y bastante reservado para que no me tratáseis con tal acrimonia; pero veo que me he engañado, y sin duda alguna he debido tener presente, que cuando una Reyna llega á decir, «ya no quiero» es lo mismo que cuando una muger dice, «¡quiero!

La Reyna dió un grito feroz, y asiendo al Cardenal por la guarnicion de encaje de sus mangas, exclamó con voz trémula.

— ¡Cómo! ¿qué es eso, señor Cardenal! ¿cuándo he dicho yo, *ya no quiero*, despues de haber dicho *sí quiero*? ¿á quien he diri-

gido esas palabras?

—A mí, señora.

—¿A vos?

—A mí, si señora; y si vos olvidais que me habeis dicho lo primero, yo no puedo olvidar que os he oído lo segundo.

—¡Sois un miserable, señor de Rohan! ¡un embustero!

—¡Yo!

—Sois un cobarde, puesto que calumnias á una muger.

—¡Yo!

—¡Sois un traidor, porque insultais á la Reyna!

—Y vos, señora, sois una muger sin corazon, y una Reyna sin fé!..

—¡Desgraciado!

—Si, vos, que me habeis conducido poco á poco á que haya concebido hácia vuestra persona, el mas violento amor, y que me habeis henchido de esperanzas.

—¡Esperanzas! pero... ¡Dios mio!

¿estoy yo loca, ó es este hombre un malvado?

La Reyna prorumpió en una especie de rugido de rabia, al cual respondió en la habitacion inmediata un prolongado suspiro.

— ¿Me hubiera atrevido yo, prosiguió Mr. de Rohan, á venir al parque de Versailles, si vos no me hubierais mandado á Madama de La Motte?

— ¡Dios mio!

— ¿Cómo habia yo de propasarme á robar la llave de la puerta del montero?

— ¡Dios mio!

— ¿Cómo, á pediros esta rosa? ¡Rosa adorada, ó por mejor decir, rosa maldita, marchitada, seca, abrasada.....

— ¡Dios mio!

— ¿Os violenté yo acaso, para que bajárais tambien la siguiente noche, y para que me diérais á besar vuestras manos, cuyo perfume

devora incesantemente mi cerebro y me vuelve loco? ¡Ah! teneis razon en reprehendérmelo!

— ¡Oh! ¡basta! ¡basta!

— ¿Fuí yo en fin, quien á pesar de mi furioso orgullo, soñó siquiera en solicitar aquella tercera noche de cielo despejado, de encantador silencio y de pérfidos amores?

¡Caballero! Caballero! exclamó la Reyna retrocediendo ante el Cardenal; estais blasfemando!

— Dios mio! repuso el Cardenal alzando los ojos hácia el cielo; vos sabeis demasiado bien, cuán dispuesto me hallaba á dar mis bienes, mi libertad y mi vida á trueque de que esta muger falsa prosiguiese amándome!

— Señor de Rohan, si quereis conservar todo eso, declarad ahora mismo que vuestro fin es labrar mi pérdida, que sois vos quien ha inventado esos horrores, y que no estu-

visteis en Versailles la noche que ..

—Señora, si estuve; replicó noblemente el Cardenal.

—¡ Oh ! si sosteneis eso os acarrearéis la muerte sin remedio.

— Un Roban nunca miente: repito, pues, que estuve en Versailles.

— Señor de Rohan, señor de Rohan, en nombre del cielo decid que no me habeis visto en el parne.....

— Estoy dispuesto á morir, si es preciso, como acabais de decir hace poco; pero insisto en no negar que os ví en Versailles, adonde me condujo Mad. de La Motte.

— ¡ Vuelvo á deciros que os retracteis, señor Cardenal! exclamó la Reyna con el semblante lívido y temblando.

— ¡ No!

— Confesad que todo eso no es mas que una infamia tramada por vos contra mí.

— ¡ No!

—Por la última vez, ¡señor de Rohan! declarad que podeis haberos engañado respecto á mí, y que vuestras precauciones son una calumnia, un sueño, un imposible!.. cualquier cosa, con tal de que declareis que yo soy inocente ó que puedo serlo.

— ¡No!

— ¿No? exclamó María Antonietta levantándose con ademan terrible y solemne: ¡pues bien! ya que recusais la justicia de Dios, tendreis que habérosla con la justicia del Rey.

El Cardenal se inclinó sin responder palabra.

La Reyna llamó de un modo tan violento, que acudieron á la vez algunas de sus damas.

—Decid de mi parte á S. M., exclamó, que le ruego que me dispense la honra de pasar á mi cámara.

Al punto partió un oficial á dar

cumplimiento á esta órden, y el príncipe Luis se quedó en uno de los extremos de la cámara, decidido á arrostrar el golpe con intrepidez.

María Antonieta se dirigió mas de diez veces hácia la puerta del tocador, sin atreverse á entrar en él, y como si su objeto fuera tan solo recobrar en aquella puerta la razon, que se le estraviaba cuando de ella se separaba.

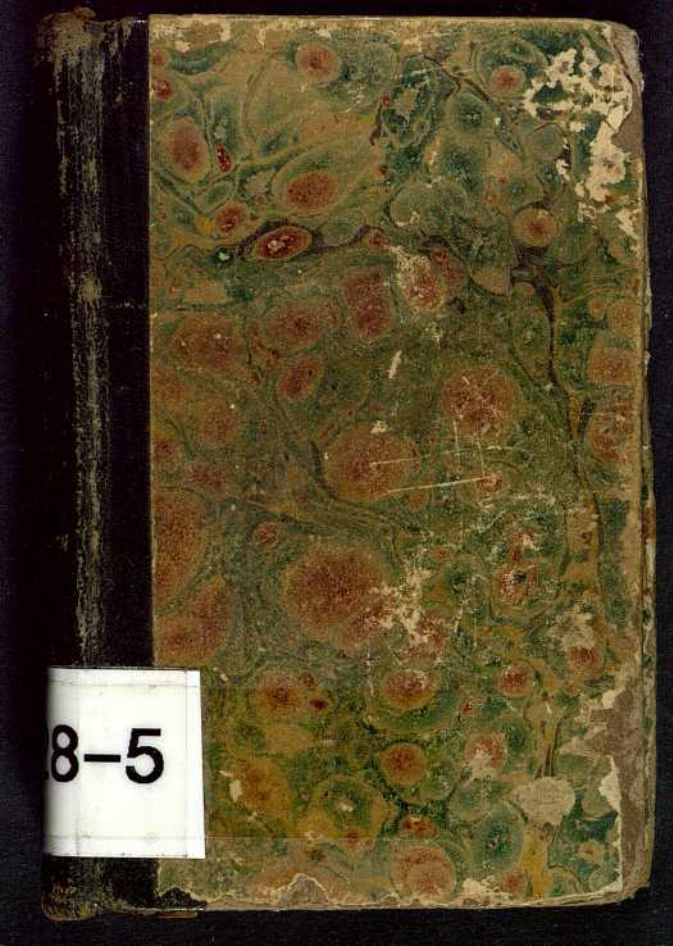
Diez minutos habian transcurrido en esta escena muda, cuando se presentó el monarca en el dintel de la cámara, con la mano puesta en la pechera de encage.

Los joyeros continuaban en lo mas retirado del grupo con el semblante asustado, presintiendo la tempestad.

comulgando a cada orden, y el
principio. Una vez ordenado en uno de
los extremos de la capilla, des-
cubrió a otro lado el altar con la
cruz.

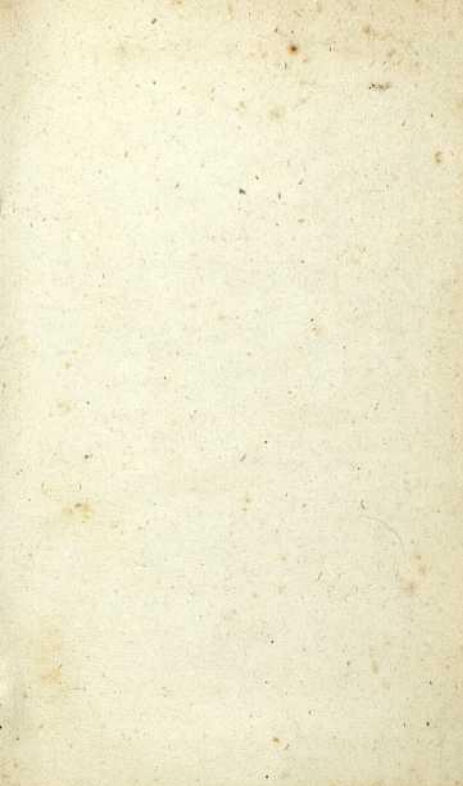
María Antonia se dirigió hacia
la otra sacra, hacia la puerta del
torcedor, sin advertir a nadie que
allí y como si en aquel punto la
había reconocido, en aquella puerta la
había que se la estaba viendo cuando
ella se apartaba.

Los minutos habían transcur-
rido en esta escena muda. Cuando
se presentó el monarca con el diácono
de la cámara, con la mano puesta
en la pecheta de coque,
los ojos continuaban en lo
que estaba del grupo con el som-
brero puesto, presentando la tem-
peratura.

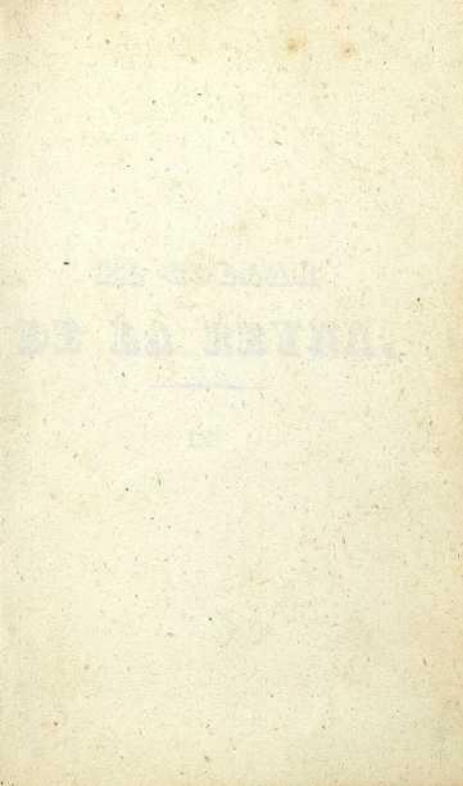


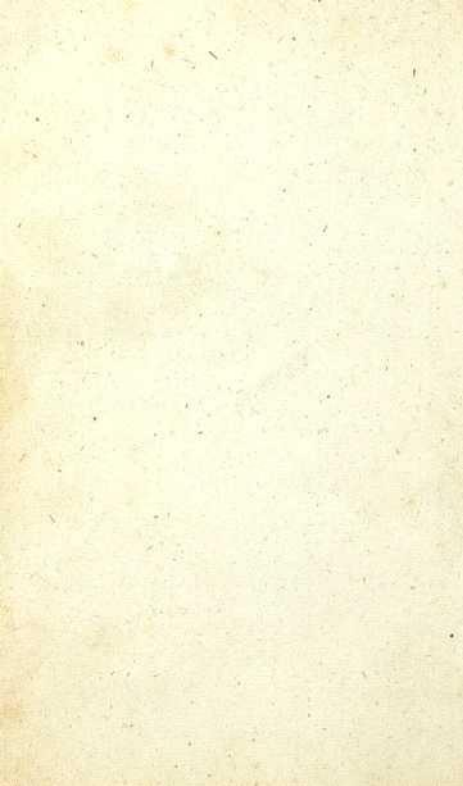
8-5











**EL COLLAR
DE LA REYNA.**



IX.

DE RE REPTA

DE RE REPTA

